CAPITULO XXII

Antonio Bernal, hombre inteligente, y con alguna educación, comprendió muy pronto la presencia histórica de Victoriano Lorenzo. Supo que el Cholo en armas no era una aberración militar de la guerra, vio en Victoriano la esperanza dormida de una raza olvidada por el Estado, y no solo de una raza especial: era, en su corta dimensión, el anhelo reprimido de una clase social, de la masa anónima y oscura, de las mayorías errabundas y esquilmadas. Pero con todo, a medida que era mayor el número de los voluntarios que llegaban, sus temores se robustecían. Ultimamente llegaron nicaragüenses que andaban desquiciados por el Istmo desde la invasión de Porras, los que a las claras denunciaban un propósito torvo en la mirada. El mismo Lorenzo parecía más receloso, más cauto; en el brillo de sus ojos vagaba algo de melancolía y dolor.

Cierta tarde subió hasta Churuquita Grande una mujer robusta, de unos cuarenta años, morena, que llegó saludando a todo el mundo; era conocida de la gente. La llamaban la Negra Salomé, oriunda del Caño.

—¿Qué te trae, Salomé?

—Ganas de topar al Manu.

Caminó entre los ranchos recibiendo saludos y

sonrisas y fue hacia los sitios en que acampaban Lorenzo y sus oficiales. Sería la primera noche y no se oía el jolgorio de la Negra Salomé, cuando subió a la carrera el indio Murillo y preguntó si la habían visto. Dijéronle que sí. Acto seguido el indio corrió hacia Lorenzo.

—¡Manu Victoriano, cuídese; por aquí anda la Negra Salomé!

—Sí; por ahí la vi.

—Manu, viene a envenenarlo; el Gobierno le ha dao dinero.

La mujer, que oyó la conversación tenida en alta voz, huyó en momentos en que la sorprendían. Fue una persecución grotesca. Corría la mujer gritando por todo el caserío y tras ella, los hombres que la aupaban, insultándola. La alcanzaron, entre berridos de espanto, y la condujeron a las afueritas del poblado, mirando hacia el Caño. Allí la colgaron por los cabellos. Toda la noche se oyeron los lamentos de la mujer, que suplicaba le terminasen el castigo. Decíase arrepentida, y prometía, si la soltaban, matar al General Castro. Tiempo después Lorenzo ordenó libertarla, y dicen que desde la Churuquita hasta el Caño, fue una sola la carrera de la Negra Salomé.

Así como esa mujer, a diario subían hombres y mujeres de los sitios vecinos, con ánimos de conocer a Victoriano Lorenzo. Cuando el General iba de correrías, regularmente usaba unos treita o cincuenta hombres; transitaban impunemente las haciendas, y sin que hubiera violación alguna, la gente le ofrecía comida, le regalaba reses para el mantenimiento de la tropa, le ofrecían sitio para reposo. Tiempos había en que Victoriano se ausentaba del campamento por días y semanas; estaba en Natá, en Pocrí, paraba hasta en el Cristo y el Roble, y una vez estuvo en Santiago. Y por

todas partes se reportaba la sombra de Lorenzo. De regreso, asaltaba los mismos depósitos de sal del Gobierno, dejando como señal algún centinela amordazado, que en cuanto lo soltaban, lleno de miedo, huía pidiendo que se le diera de baja.

—Lo vi, lo vi —gritaba. Es bajito; se parece al Malo. Los ojos le echan candela. La próxima vez me mata.

Y así, todo soldado conservador que llegaba a ver a Lorenzo, o recibía alguna advertencia de éste, solicitaba su retiro y se alejaba de esos sitios. En el pueblo la sombra de Victoriano provocaba pasiones diferentes. Entre los escasos conservadores de esos contornos, anidaba el miedo, el sobresalto. Peligraban sus haciendas, pues por regla general eran los más acaudalados; peligraban sus vidas, porque Lorenzo era vengativo y no toleraba ofensas ni delaciones; peligraban sus familias, ya que llenos de espanto, los godos locales siempre estaban rodeados de militares; sus casas eran poco menos que cuarteles, siempre visitadas, siempre llenas de obsequios para los oficiales. El Estado Mayor Conservador destinaba retenes para su custodia y cuando se hablaba de Lorenzo tanto la piel de los soldados como la de los regenerantes se erizaba. En el pueblo, pobre y liberal, la presencia de Lorenzo era festejada alegremente; de las alacenas se sacaban bollos frescos, se asaba carne, se hacía mucho café. Cuando el copartidario Lorenzo visitaba, la casa se llenaba de gente, los muchachos y las damiselas lo miraban desde lejos, entre encantados y miedosos. Lorenzo era el amigo, era el copartidario, era el celoso guardián de sus vidas, de sus intereses, el que canceló esa ola criminal de represalias que siguieron al desastre de Calidonia.

Se le ofrecía una cama; se le envolvían bollos

y carne para que llevara; se le incitaba a que durmiera. Pero todo era inútil: Lorenzo era un andarín incontenible, un simpático bagabundo que no podía detenerse jamás en sitio alguno. Tenía muchos amigos, había muchos sitios donde lo reclamaban, para que él pudiese permanecer en uno de ellos. Dormiría a la vera de los caminos solitarios; en los arenales de algún río; en una madrevieja oscura. Allí estaría seguro. Conocedor como era de la voz de los montes prefería el silencio profundo de los parajes solitarios al bullicio de los poblados.

Así, mientras en la imaginación de algunos el indio era un flagelo terrible, criminal, un vagabundo desalmado, ladrón y relamido, en el recuerdo de otros, de los más del pueblo, la presencia de Victoriano era deseada y recibida con júbilo.

CAPITULO XXIII

Bernal avanzaba por un trillo angosto que caía sobre un riachuelo. Frecuentemente paseaba para dar espacio a un soliloquio irrefrenable, a actos de contrición que se habían hecho un imperativo en su conciencia. Caminaba distraído cuando de pronto, al salir de una trocha, dio de bocas con dos cadáveres en descomposición. El suelo estaba lleno de gallinazos que no se inmutaron con su presencia; en las ramas vecinas, también, los fatídicos enlutados, concurrentes a los velorios del monte; por el cielo volaban bajo, en círculos hambrientos.

Antonio retrocedió horrorizado; en un descanso del viento lo cercó la pestilencia. Por el suelo, a pocos pasos de él, se veían huellas de pasos y de cuerpos arrastrados. Inició el regreso y a poco encontró a dos hombres que avanzaban en dirección contraria.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Bernal a los recién llegados, habitantes del campamento.

—Unos que sorprendieron ayer cruzando el río.

—¿Por qué están allí? ¿Por qué no los han enterrado?

—Ordenes del General: para que todos los que pasen los vean.

Ese camino llevaba también a otras partes y

era el que frecuentemente se usaba cuando se iba o se venía de Antón, San Carlos y Chorrera.

Bernal se alejó de ese sitio y tomó otro sendero que circundaba una loma.

—Estoy solo, Señor; soy un hombre vencido por mí mismo —se decía Antonio. Amo a Ester y le temo; amé la guerra y hoy me horroriza; tuve confianza en Lorenzo y hoy me espanta. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Cuál es mi condición de este mundo tuyo, cuál mi destino? No puedo estar aquí ni puedo correr a parte alguna. ¿Estoy enfermo? ¿Para qué rara misión me has escogido? Yo quisiera decir a esos hombres que caminan a la muerte; decirle a Lorenzo que es un tonto, que los liberales lo odian tanto como los conservadores; que su inexorable final es la horca; que lo que él siente solo es el rugido de la pólvora al que nadie desobedece. Ninguno trabaja; las haciendas languidecen; las familias huyen a los montes; los ricos entierran la plata; la nación se arruina y muere y nadie lo nota porque la risa de la muerte enloquece. Dame fuerzas, Señor, para decir todo eso, para apartarlos de un confuso final; haz Señor que Ester me oiga, que no me mande a la guerra, que ella también, buena como es, ha olvidado Tu Palabra, a ella también la enloquece la risa aguda de la muerte.

—¡Bernal...! ¡Bernal...!

Antonio se detuvo y buscó el sitio de la voz.

—¡Bernaaal!

—Aquíiii...

—Orden del General que regrese. Hay que salir. Mientras regresaba, Antonio pensó cosas distintas.

CAPITULO XXIV

Fue un atardecer mustio, grisáceo, con suave viento. La mar estaba silenciosa y tranquila como una llanura parda. Se vio un velero aproximarse a la playa de San Carlos. Atracó sin curiosos porque, así, con ese tiempo plomo, la vida tenía una densidad carcelaria. El pueblo, a la distancia, parecía hundirse, esconderse en silencio y modorra, como si caminara, el rostro escondido, hacia esa lobreguez que bajaba desde la serranía.

Sobre la playa desembarcaron diez hombres armados de fusiles y cuchillos. Algo dijeron a quien permaneció de guardia en la embarcación y tomaron rumbo al pueblo. Se les vio cruzar la dilatada plaza y encaminarse calle abajo, como quien corriera hacia otras partes. Poco a poco las puertas y ventanas se abrieron. Rostros soñolientos miraban al grupo de tránsito; otros perezosos y anémicos, siguieron a alguna distancia a los soldados, los ojos sorprendidos y estúpidos. Llegó el grupo hasta la casa de Ester Becerra y López y se detuvo. Hicieron un violento flanco derecho y dos se adelantaron al grupo. Del pelotón en la calle subieron gritos.

—¡Que salga!

—¡Sáquenla!

—¡Espía!.

—¡Sáquela, Teniente!

Luego se vio a Ester, bella, confiada, salir al portal. Cubrió con una mirada fría y superior a los oficiales. Después, al pelotón que se silenció.

—¿Qué desean, caballeros?

—¿Es usted Ester Becerra y López?

—¡A sus órdenes!

—¡Tengo órdenes de arrestarla, señorita!

—¿A mí? ¿Arrestarme a mí? Seguramente es una equivocación, caballeros.

—Siento pena, señorita; pero esas son las órdenes que tengo.

—¡Pero es absurdo, señores, esto es inconcebible! ¡Chefa! ¡Chefa!

—¿Qué mi niña, qué? ¿Qué le está acarreando?

—Chefa, Chefa, me llevan presa... presa, Chefa.

Ester se volvió sollozando hacia los brazos de la mujer.

—¡Atrevidos, vagabundos, como la toquen loj mato! —gritó Chefa mirando colérica a los militares.

—Son órdenes, señoras; nos da vergüenza.

En eso se oyó el griterío de la soldadesca:

—¡Sáquela Teniente, sáquela!

El pelotón se apersonó en el portal. Chefa escondió tras ella a Ester y se enfrentó a los soldados.

—¡Tóquenla, tóquenla, vagabundos!

Frente a la casa se había congregado una multitud que, atónita y torpe, solo profería gruñidos. El oficial se adelantó y Chefa se le fue encima, las manos contraídas para estrangularle, los ojos inyectados. Inesperadamente dos hombres saltaron y golpearon sin piedad a Chefa, que cayó al suelo entre maldiciones.

—¡Criminales! ¡Cobardes! —gritó Ester.

Intentó correr en ayuda de la fiel mujer, pero

dos soldados la asieron brutalmente por los brazos.

—¡Suéltenme, canallas!

—¡Venga con nosotros!

—¡Suéltenme, asesinos!

Los hombres llevaron casi que a rastras a Ester hasta la calle. La multitud se esparció con miedo, situándose a mayor distancia. La muchacha, con el cabello en maravilloso desorden, los ojos llenos de lágrimas, volvió a mirar a sus captores, quienes la soltaron inmediatamente.

—¿A dónde me llevan? —preguntó.

—¡A Aguadulce!

—¿A Aguadulce? ¡—Pero eso es absurdo! ¿Qué he hecho yo, señores, ¿De qué se me acusa?

—Lo lamento señorita, pero no puedo contestarle.

—¿Quién pide mi arresto?

El General Castro.

—¿Está en Aguadulce el General Sarria, Carlos M. Sarria.

—No; está en Colón.

Iba bella, altiva, en medio del pelotón. El pueblo la vió ir como una diosa altanera. Y tal vez amó ese espectáculo, superior a la sensibilidad de un pueblo soñoliento de hambre y de miseria, trasnochado por el dolor de la guerra.

Era el claroscuro del ocaso. Los gritos de Chefa eran voces peregrinas que solo entendía Ester. Pero ella, Ester Becerra y López, continuaba erguida, triunfadora de su desgracia en medio del pelotón calle arriba. Llegaron a la plaza; el pueblo comenzaba a encender las primeras luces. Ni un grito ni una voz de protesta. Se enderezó la marcha al embarcadero.

—Señor, es tarde para que una mujer viaje sola —dijo Ester, con la desesperación pintada en

el rostro —Esperemos hasta mañana.

—Lo siento profundamente, pero tengo órdenes de estar mañana temprano en Aguadulce.

Ester no replicó. Rodeada de soldados caminó hacia el puerto. Alta y esbelta, parecía una soberana seguida por lacayos. Cuando llegaron a la playa, las sombras no arrastraban ya golpes de luz. La noche colgaba omnipresente.

Embarcaron en un liviano velero de cabotaje, una nave costera sin aspiraciones. Tomaron puesto los diez hombres. Hacia el medio sentaron a Ester. Se hicieron a la mar con buena brisa. Pronto la playa fue fundiéndose entre las olas. Después, nada, nada... la permanente ondulación. Sombras... sombras... y el ruido asmático del casco sobre aguas.

—¿Y la niña sí que es bonita, no? Ji... Ji... Ji...

—¡Ah, y la sorpresa del General cuando la vea!

Bajo la ropa un ligero temblor sacudía a Ester. Un cerco de miradas encendidas la custodiaba. El bote surcaba, llenas las lonas de viento, la mar oscura. Pasaron entre el Farallón y la costa como sombras perseguidas.

—Si tocáramos en esa peña...

—¿Y no le gustaría a la niña un descansito en la cueva?

Una angustia incontenible consumía a la muchacha ¿Cuándo sería? ¿Ahora mismo, en el vientre del Farallón? ¿Más tarde en alguna ensenada solitaria? Y como el lento fluir de las olas, fueron surgiendo desde sitios recónditos los pensamientos. Fue Bernal, Antonio Bernal, quien una vez la impresionara como un gallardo aventurero descubriéndole el mundo. Y luego, él mismo, el que se diera a soltar pardas cenizas, haciendo sombras entre ella y él. Sí, y una noche, en el

playón escondido, sin saber cómo ni por qué, la vencieron Bernal, y otras cosas que no pudo controlar. Sobre la tibia arena, una noche cualquiera —estaba la mar tersa y la luna impávida—, se cumplió el veredicto de la naturaleza. Y no sentía temores. Era grato el dolor de recordarlo: fue de él, con toda su fuerza y su pasión, con la desesperada grandeza de un deseo largamente contenido. Ahora, corriendo hacia el final, un nuevo sentimiento se descubría en ella. Como si buscara la identificación consigo misma. El agónico esfuerzo de una vida que vivió contradictoriamente: la Ester llena de caprichos, pasional, amorosa; y esa otra, la que todos conocían, la mujer feliz, conversadora, indolente, incapaz de amar. A veces llega a ser tan inmensa nuestra vida falsa, que terminamos por confundirnos aceptando la espuria por la auténtica, siendo ésta para nosotros una pesadilla permanente que a solas nos visita y requiere mientras en las horas de meditación nos agobia como un fantasma de la infancia. Pero al final, cuando ante la muerte todo es armonía, sin esfuerzo se llega a la identificación con uno mismo. Entonces se encuentra que la vida es sencilla porque todas las fuerzas que nos animan marchan sin discutir. Es el encanto de agonizar, es la paz de la muerte. El encuentro último, sin glorias, de posibilidades que nacieron para caminar juntas, pero que la vida, esta oscura vida de conversaciones, dilató hasta perderlas en nuestra propia conciencia.

Estos pensamientos aligeraban la angustia vital de Ester. Ya no buscaba costas ni la asustaba el futuro en una ensenada solitaria. Sabía que el barco que todos llevamos escondido divisaba puerto hermano. ¿Qué sería de Antonio? ¿Por qué había cambiado tanto últimamente? Nunca supo

que lo amaba, pero ahora era otra verdad que descubría: amaba a Antonio. Le importaba su suerte y destino que mucho tuvo que ver con el suyo.

Chefa, la pobre Chefa, vieja y sola en el inmenso caserón. Nunca comprendió porqué era tan grande esa casa suya. Cal y canto cuadriculando el silencio. Muchas veces, cuando Chefa buscaba algo por el patio o estaba en la calle en diligencias, y ella quedaba sin compañía, le acosaba el convencimiento de que la vigilaban; de que había ojos invisibles para custodiar sus pasos; de que otros cuerpos y otras fuerzas habitaban la casa. Y miraba de improviso hacia un rincón, bajo el estante, hacia el comedor, sin encontrar nada, nada que delatara la presencia de esos ojos, esos cuerpos, esas fuerzas que ella sabía en en su casa. ¿Ah... a qué pensar en cosas que nunca tuvieron explicación?

Iba en la noche en ese bajel misterioso, entre un extraño cargamento de lujuria. Aunque el viento era frío, la mirada de esos hombres la quemaba. Vio a su lado las aguas negras, profundas, y las halló liberadoras. Allí, la muerte era fácil y necesaria. Vivir no es un compromiso. Es una misión que se cumple o se abandona cuando no se puede responder. El suicidio es un desenlace honroso y un respetuoso tributo a la vida. Son profundas y negras las aguas que lamen la embarcación. Están cerca, increíblemente próximas, y se pueden tocar con las manos. Solo una ligera inclinación, y se paga el precio de ser inútil. Sí, la vida está cada vez más lejos, la muerte es oportuna y las aguas están muy juntas... ahora, cuando salta la ola, se perderá en seguida entre las sombras densas, en esa ola enorme que avanza, que se aproxima... llega, ya...

—Voy a dormir. Tome el mando, Cabo —habló el oficial jefe y se movió hacia la popa del navío.

Ester quedó rígida, helada, con el temblor de una niña sorprendida.

Ester vio venir hacia ella, a libertarla, esa ola última de su vida; una rara sensación le suspendía, cuando la voz de un oficial la contuvo. Fue como una terrible explosión junto a ella, algo que la conmovió profundamente y la dejó envuelta en un temblor incontenible. Con todas las fuerzas de su voluntad disimulaba su condición. Miraba a un lado, sin ánimo de encontrar luces en esa densa oscuridad, solo por aligerar el peso de sus temores, para olvidarse del final macabro de este viaje. La embarcación daba tumbos de un lado. Bajo las aguas estallaban a veces luminosas estrellas. Todo lo cual hacía extraño contrapunto al espeso silencio. Esos diez hombres hambrientos no hablaban. Tal vez todos estuvieran de acuerdo sobre el futuro inmediato de la mujer. Pero saberse centro de ese círculo ardiente de lascivia era asfixiante. Tampoco los veía. Ella estaba hacia la mitad del velero. A pocos pasos suyos descansaban dos, pero no distinguía sus facciones. En la proa, cuatro, pero, para ella, no iban en el barco; tal vez navegaran en la noche. En popa, el resto. Eso no importaba. Por más lejanos que estuvieran sentía el hálito ardiente de esos hombres sobre su pecho.

—Vea usted, a estas alturas y el Teniente a dormir —dijo una voz grave.

A Ester le pareció que la tocaban, pero el espanto no le permitió moverse. Su imaginación la traicionaba, seguramente.

—¿Debe estar con frío la niña, no?

—Ji... ji... ji...

—Ja... ja..., sentándome no maj juntito le doy calor.

—Suerte la de alguien...

Ester los contó: fueron seis pasos. Lentos, como esquivando tropiezos, pudo contarlos sobre las tablas. Seis pasos y estuvo junto a ella. Sintió que el hombre la miraba fijamente, que sonreía y luego se sentó. Iba a su lado. Escuchaba su respiración. Tenía un aliento de tabaco.

—¿No juma la niña? No más espanta el frío.

—¿Y ha perdido el hablar? ¿Y se puede saber por qué? Ah, carástele, si se muere de frío.

Ester sintió sobre su brazo la garra del hombre.

—¡Suélteme...!

—Vaya una mujer! Pero si nada es...

—¡Suélteme...!

—Pero si no es na... un favorcito no maj, por amor de Dios.

—¡Suélteme, por favor... suélteme!

—Ja... ja... ja...

—Apúrese que yo espero, tocayo... ja... ja...

—¡Ay!, ¡Ay!

Ester se llevó desesperadamente una mano a los senos. Trató de erguirse, pero no pudo. El hombre la sujetaba por el cuello, le buscaba la cara, trataba de sofocar las piernas de ella con las suyas...

—Dios mío, ayúdame, ampárame... ¡Teniente... Teniente... por favor...!

—¡Alto! ¡Apártese, Pablo!

—Pero Teniente...

—¡Apártese bribón...! Va a pagar caro este irrespeto. Ella es una prisionera y merece consideración.

Un gruñido siguió a la orden del oficial. Un gruñido general. Ester se desprendió de las manos del soldado se arrastró hasta el teniente. Un

llanto corto, íntimo, anudaba la garganta.

—¡Deténganse...! ¡Deténganse...!

Sintieron nítidamente los pasos de unos hombres que se acercaban.

—¡Alto...!

—Pa usté no más no, Teniente. Toos somos compañeros y si es pa usté también es pa nosotros.

—¡Perros lujuriosos!

—Argo pa nosotros, Teniente.

—¡Toma esto...!

A las palabras del oficial siguieron dos detonaciones. Uno de los heridos cayó al mar. El otro, lleno de quejidos quedó con el pecho sobre la borda, medio cuerpo en el mar medio cuerpo en la embarcación.

Con la ayuda de Ester, a quien las detonaciones habían sacudido, el Teniente logró encender una linterna. Todo parecía estar tranquilo. Si no lastimaran los quejidos del agonizante, y no se le viera allí, ensangrentado, se habría podido decir que allí nada sucedió. Junto al oficial descansaban dos que permanecieron fieles y respetuosos. El resto de la tripulación miraba fijamente al Teniente con una sonrisa siniestra en los labios.

—Suerte la de algunos —dijo alguien.

Ester cubrió su traje deshecho con el capote que galantemente le ofreció el militar. Una hora después, pasaba la media noche, una voz llenó el velero:

—¡Barco a la vista!

A lo lejos, sobre las aguas, se distinguieron las luces de una embarcación mayor.

—Proa a tierra. Nadie se mueva de sus puestos.

El Teniente apagó la luz y fondearon a corta

distancia de la playa. La nave se acercaba velozmente. Como a doscientos metros surcó el mar rumbo al Sur.

—¡Debe ser Herrera!

Una luz pequeña dardeó en la noche de Ester.

CAPITULO XXV

Anochece el 24 de Diciembre de 1901. La mar está tranquila. La flotilla revolucionaria, con el Almirante Padilla, buque insignia, a la cabeza, surca las aguas del Golfo de Tonosí. Benjamín Herrera pisa tierra y ordena al General Pablo Emilio Bustamante ir hasta la población y reconocerla. Sobre la playa verde y rumorosa la invasión aguarda. Nochebuena al cobijo de la selva. Navidad al filo de los cañones bajo el manto de una esperanza menuda.

De súbito, la espera se incendió con voces de fusilería. Desde el pueblo bajaba un tiroteo cerrado. Temiendo una emboscada, Herrera ordenó a un destacamento de doscientos cincuenta hombres correr en apoyo de Bustamante. No fue necesario: cuando la tropa llegó a la población, los liberales apresaban a los últimos conservadores rebeldes. Inmediatamente, Herrera se hizo reconocer como Jefe Civil y Militar del Departamento y, en tal virtud, expidió un vibrante manifiesto, que circuló profusamente.

* * *

El jefe de la guarnición conservadora, un joven oficial, al ser interrogado por el general Herrera

informó que no hacía mucho tiempo que estaban en el lugar; que habían llegado persiguiendo los restos de una fuerza liberal derrotada. Dijo que un cuerpo considerable de tropas a órdenes de Belisario Porras estaba cercado, en la Negrita, por el General Francisco de P. Castro, quien las rendiría en breve tiempo. Declaró, también, que dicho sitio era equidistante de Panamá y Aguadulce —lugar de acantonamiento conservador— y que de la Negrita a Panamá no había guarnición de importancia.

Herrera, dueño de tan preciosos datos, tomó su determinación. Volviéndose a sus colaboradores inmediatos, dijo:

—Vamos a libertar en el acto a nuestros copartidarios.

Desde Los Santos se envió comunicación a Porras del movimiento y el grueso de la fuerza invasora fue trasladado por mar a las playas de Coclé. Pronto se estableció contacto con las sitiadas guarniciones; empezó a funcionar el plan de ataque a Aguadulce. En los umbrales de la marcha, se supo, por noticias traídas por unos prisioneros canjeados, que el General Albán acababa de expropiar el Lautaro, barco de propiedad de una firma chilena, y que lo estaba artillando en la bahía para ir al encuentro del Almirante Padilla, el galgo del litoral. Acto seguido —era característica de Herrera— se utilizaron todos los hombres disponibles en cambiar la pintura del Padilla, y a media noche del 20 de Enero de 1902, entre espesas sombras, salió el Padilla a sorprender al Lautaro en su guarida.

* * *

Son las primeras luces del amanecer. El sol pe-

ga a contraluz y el Padilla surca las aguas entre reflejos vivos. Allá, al frente, la ciudad blanca y silenciosa, soñolienta y desprevenida. Pasando frente al Pensylvannia, de la armada norteamericana, surto en la bahía, con el pendón rojo y gualda al viento, el Padilla se aproxima al Lautaro. Un cañonazo certero parte el mástil del buque conservador. Santo y seña: la bahía se llena del aullido de los barcos. El Lautaro empieza a gemir doliente. Suenan campanas sobre el mar. Otro disparo y el buque estalla. Allá, sobre la muralla de la ciudad, se apiña la gente. Desde las Bóvedas de Chiriquí lanzan granadas que no alcanzan al barco liberal. Otro disparo: el Lautaro se ladea. La tripulación lo abandona. Estalla un incendio. El Chucuito se acerca y dispara al Padilla. Este contesta y abandona al Lautaro, que agoniza entre explosiones y llamaradas. El Chucuito, velero, embiste, corta, se aparta y dispara, veloz y diminuto. El Padilla le responde, sin herirlo. Nuevamente se acerca el remolcador, dispuesto a vengar la muerte del hermano primogénito. Sobre las Bóvedas se ven las luces brillantes de las explosiones. Ahora toda la ciudad, medio cuerpo sobre el mar, contempla la desesperación del impotente Chucuito porque el Padilla, galgo y león, se aleja presuntuoso, disparando temerariamente frente al Pensylvannia.

Luego fue la nueva que corrió de uno a otro extremo de la República: el General Albán murió en el Lautaro. El simpático y contradictorio General Albán había muerto. Era increíble. Tenía sabor a leyenda la información. Albán, el hombre colérico como un dios y manso como un niño bueno; el héroe de Calidonia, el enemigo caballeroso y gentil, había muerto sin que se supiera dónde reposaban sus restos. Liberales y conserva-

dores lamentaron su trágico fin. Tal vez su muerte fue el triunfo más contundente de los liberales. Nada pudo ser más eficaz para fraccionar la moral de los regenerantes que la muerte del hombre en quien todos tenían confianza; y con su desaparición, ausente ya el espíritu más amplio, generoso y comprensivo del adversario, se perdió toda esperanza de un arreglo político de la guerra, sin que quedara entonces otro recurso que la imposición del más fuerte.

Y así, confortados los ánimos con la hazaña del Padilla, se inició la marcha sobre Aguadulce. Solo quedaba en San Carlos, el Cuartel General.

* * *

—Diga al General de la Séptima División, Victoriano Lorenzo, que necesito verlo —dijo el General Herrera.

Momentos después saludó Victoriano.

—A sus órdenes, mi General.

—Me informan que usted piensa adelantarse al Ejército con dos batallones. No sé qué razones tenga usted para ello. Pero quiero informarle que no tolero que se rompa la disciplina. Aquí quien da órdenes soy yo y nadie más.

Lorenzo bajó la vista y, con humildad, replicó:

—Yo sé que quien manda es usted, mi General. Yo estoy contento de pelear con usted. Pero yo quiero pedirle una cosa. Quiero adelantarme con unos veinte hombres nada más. Es, mi General, un trabajito mío. Yo encuentro al Ejército en los llanos de Río Grande o en Natá.

—Pero eso, Lorenzo, es una locura. Yo no puedo exponerme de esa manera. Le apresan a usted o a cualquiera de sus compañeros y les obligan a hablar.

—Mi General: Victoriano Lorenzo sabe hacer las cosas. Yo le respondo.

—Vaya, pero sin mi autorización. Y sepa usted que es el único responsable. No respaldaré ningún acto suyo.

—Gracias General.

Victoriano desapareció, dejando sobre el suelo el rastro de su larga espada. Llevaba un sombrero de anchas alas, de copa alta y aguda metido hasta las orejas y un uniforme nuevo que consiguiera con la tropa de Díaz.

Herrera, seco y huraño, militar de larga escuela, contuvo una sonrisa en las espaldas del indio.

CAPITULO XXVI

En las primeras horas de la mañana, bajo el sol altanero, entró Ester a la población acompañada de guardias. Fue un espectáculo superior a la retina enfermiza de las calles. Los pocos chiquillos que aún habitaban el pueblo; las contadas familias que no habían huído a los montes, no hicieron fiestas, ni jolgorio, sino que, llenos de asombro, permanecieron mudos a lo largo de las calles, siguiendo con la vista los pasos de la prisionera.

Ester había perdido el temor primero. Avanzaba serena, en medio del tam tam del tambor distante. Airosa y despectiva, olvidó muy pronto su cautiverio. La comitiva llegó hasta el Cuartel General e hizo alto en frente. Se oyó un ruido de pasos y saludos, de tacones y espuelas, y, sobre el elevado portal, aparecieron siete oficiales. Los soldados que custodiaban a Ester y los curiosos que estaban cerca, saludaron automáticamente. La muchacha, confiando todo su encanto a una sonrisa, los miraba arrongantemente.

Sobre el portal estaba el Estado Mayor del Ejército Legitimista en el Istmo. Se vio claro que los sorprendía el arresto. Esta bella mujer, angelical sin duda, no podía ser la felona espía. Descendieron las escalinatas y Castro, el General en

Jefe, adelantándose al grupo se dirigió a la muchacha.

—¿Quién eres?

Ester se mantuvo silenciosa. La sonrisa se hizo fría.

—¿Cómo te llamas?

Castro volvió a mirar a sus oficiales. Había en sus ojos desencanto. Luego empezó a llenar de pasos la distancia que separaba a Ester de sus oficiales.

—Es incomprensible, es criminal —gritaba—, la guerra que nos hace Herrera. Este hombre infame se olvida de que somos hermanos, de que solo hay una madre para todos nosotros que es la inmortal Colombia.

Ester seguía imperturbable, como si no escuchase la peroración de Castro. Comprendió que el general conservador estaba haciendo teatro con el propósito de conmoverla. Era una conocida costumbre de Castro. El militar prosiguió ante los ojos absortos de la concurrencia:

—Conciudadanos: aquí tenéis un ejemplo elocuente de la obra de Herrera. El gobierno hace esfuerzos por apartar al pueblo de la guerra. Nuestros soldados son expertos hombres de armas. En cambio, Herrera no hace más que comprometer al pueblo en esta locura liberal que es la guerra y en su empeño agota todos los recursos. Aquí tenemos un ejemplo elocuente de su obra —señalaba a Ester. Esta hermosa mujer, digna de la paz del hogar, de ser una amante esposa, vedla ahora, padeciendo las consecuencias de esa locura a la que la empujó el testarudo Herrera.

—Pueblo Aguadulceño: esta mujer ha sido una espía a órdenes de esos rojos descastados; por consiguiente, un Consejo de Guerra le impondrá la pena que se merece.

—¡Saludo! —gritó un oficial antes de que Castro se retirase.

Hubo un ruido seco de tacones y de suelas rasgados sobre el suelo.

* * *

Ester fue recluída en una cómoda casa que mucho distaba de una prisión. Atrás se extendía un patio amplio, lleno de cipreses, naranjos —bajos, sin frutos— y surcos de margaritas. Rodeaba la finca una cerca sobre el lomo de un zanjón profundo de desagüe que semejaba un foso medieval. Hacían la guardia dos soldados: uno que recorría la cerca, y otro que amasaba las piedras del portal.

Un aire de triunfo ostentaba el rostro de la muchacha. Y no era solo gesto y apariencia. Era verdad interior. Tranquilidad. Confianza. Una sensación muy distinta a la desesperación agónica del día en que le intimaron arresto. Ni pena moral la atormentaba. Esa romería permanente del pueblo para mirar la cautiva se llevaba siempre una canción alegre, o la voz de Ester conversando con las flores. Esto le creó una simpatía inesperada entre los poblanos. Se decía que no moraba culpa en tan diáfana conciencia.

Una mañana en que Ester platicaba con las flores, el guardián se le acercó:

—Señorita: el Teniente Robles desea verla. Solicita su consentimiento.

—No faltaba más, que pase. Tan escasas como son las visitas... Oiga guardián, ¿quién es ese Robles?

—No lo conozco; es nuevo en la guarnición. Llegó hace poco de Panamá.

—Gracias.

Ester fue al encuentro del militar.

—Buenos días, y gracias por recibirme.

—¿Sabe una cosa? —dijo Ester con toda confianza. Le estoy muy agradecida por esta visita.

—Es un placer que no agradeceré bastante.

La muchacha lo miró por un momento.

Estaba sorprendida. Ese rostro le era familiar... ¿Dónde? ¿Dónde lo había visto? ¿En Bogotá? ¿En Cartagena? ¿Dónde...?

Aunque nos conocemos, permítame que me presente: Soy el Teniente Rafael Robles.

—¿Nos conocemos?

—Sí; nos conocemos. Tal vez de una manera ingrata y desagradable.

—Perdone usted... no recuerdo.

—Soy el oficial a quien obligaron a arrestarla.

—Ah, usted...

Un gesto duro cortó la juvenil expresión de Ester.

El oficial también pareció arrepentido de su indiscreción. Pero la muchacha estaba sorprendida. ¿Cómo era posible que no recordara desde el primer momento ese rostro? ¿Cómo su memoria no registró los personajes de tan dolorosa escena? Tal vez solo fuera el espanto, los nervios. En aquel momento todo era oscuro, cada hombre era un soldado y un enemigo. Sí; luego, su trato gentil, sus maneras galantes... Sí, él sufrió tanto como ella su deber. Luego fue en el mar, en el bote angosto, aquella extraña carga. El mató por ella; sí... sí... ahora lo recuerda bien con aquel gesto firme y acogedor a la vez, cuando le entregó su capote para cubrir sus senos, mientras vigilaba a los otros, a esos marinos de los ojos rojizos. Sí... seguramente bajo las sombras tendrían roja la mirada. En este momento, frente al oficial que la rescatara, se le antojó que tal vez se

hubiese divertido con la pasión de esos hombres. Al principio, la razón y la camaradería habrían organizado el placer. Uno cualquiera junto a ella. Los otros tendrían la boca llena de sonrisas o esconderían la vista entre las sombras para no mirar. El hombre se acercaría mucho a ella, sin tocarla, para no romper la ilusión. Era el momento en que degollarían las sonrisas, dejarían de ver al mar y todos... todos esos marineros sin ojos, se aproximarían. Un combate de perros... aullidos... lamentos... ¡Oh ¿Qué simpático, tiene gracia, este hombre frente a ella, este... cómo se llama? Ah, sí, el Teniente Rafael Robles la rescató de aquellos lobos y ella no fue capaz de recordarlo.

—Le agradezco mucho su comportamiento.

—Era mi deber, señorita.

Acompañó las palabras un gesto muy de Robles que agradó a Ester. Y, por primera vez, lo miró como mujer: Robles era un tipo apuesto. Joven —tal vez unos veintiséis años— y de cuerpo fornido. Sin quererlo, pensó en Bernal, en Antonio Bernal, el hombre que llegó a amar sin sospecharlo, a quien quizá nunca amó. Y lo supo enfermo, palúdico, lleno de temores. En Bernal vio siempre la vida miedosa de la muerte; acá, en Rafael Robles, veía la muerte miedosa de la vida.

—Perdone usted que nada le brinde y que sea incómoda mi habitación, pero ésta es una cárcel... usted sabe.

—No imagina usted cómo me apena esta situación; hay cosas que están por encima de la política, de la guerra.

—¿Usted cree...?

—Sí. Ello no tiene discusión.

—¿Qué cosas, por ejemplo...?

—¡Usted misma!

—¿Yo...?

—Sí, usted.

—Gracias, Teniente Robles, pero usted apenas me conoce... Cuando se conversa seriamente la galantería huelga.

—Se equivoca usted, Ester; en primer lugar, no trataría de galantear a una dama como usted, que ha sido tan finamente cortejada. Por otra parte, aquello de que apenas la conozco es falso.

—¿De manera que me conocía usted?

—Desde hace mucho tiempo.

—Es raro que no recuerde; sin embargo, permítame decirle que su rostro me es familiar.

—Fue hace mucho tiempo... en Bogotá. Usted era una niña y yo un estudiante. Estaba usted en casa de sus parientes, ¿recuerda? Un día, al salir de misa, la vi por primera vez. Iba usted con sus primas.

Robles simulaba olvidar la presencia de Ester. Era como si buscara figuras del pasado.

—Su belleza me cautivó. Permanecí mucho en la acera, viéndola pasar. Luego la seguí. Supe su nombre y todas las noches me acercaba a su casa, llena siempre de gente, de grandes personajes. ¿Recuerda el jardín...? ¿La parra que cubría el alero que daba hacia los laureles? Supe su nombre y conseguí con algunos amigos ser presentado a la casa. La presentación iba a efectuarse el domingo siguiente después de la misa, cuando no hubiese visitas. Pero en esos días fue mi vuelta al colegio. Al regresar, usted había partido y desde entonces no he podido olvidarla. Vino la guerra. Estuve en las campañas de Santander, Tumaco y el Atlántico. Ojalá esta de Panamá sea la última. Tiempo es ya de que esos locos se convenzan. Jamás pensé encontrarla aquí. Esperaba que usted anduviera por el extranjero.

Como Ester nada dijera, Robles prosiguió:

—Desde hacía algún tiempo al General Castro le llegaban informes, según los cuales en alguna parte del Interior del Departamento había una dama que haciéndose pasar por amiga del gobierno, no hacía más que espiar sus movimientos y comunicarlos a los sediciosos. Se le acusaba de las matanzas de San Carlos, de Penonomé, de El Arado, y según informes, ella misma intervenía en los combates. Una mañana llegó orden del Cuartel General: "Arréstese sin pérdida de tiempo a una señorita que responde al nombre de Ester Becerra y López, residente en San Carlos. En esta Comandancia reposan cargos contra ella". Más o menos así rezaba el informe. Solicité entonces al General Castro comandar la misión, pero, créame, sinceramente yo no esperaba tropezar con usted. Me parecía tan imposible... Fue una emoción tremenda... ¡y luego aquel trágico viaje...! Sí... Ester, hay cosas que están por encima de la guerra y la política.

—¡Qué curioso, si todo parece una novela!

Una novela muy humana, llena de sentimiento y esperanzas.

Ester no respondió. Tuvo que mirarlo largamente.

—Ester... es un crimen empujarla a usted a esta situación.

—A mí nadie me ha obligado.

—Son tretas de Benjamín Herrera...

Un ordenanza irrumpió precipitadamente en escena.

—Teniente, de Pocrí informan que el indio Lorenzo anda rondando.

—¿Lorenzo?

—¡Sí, mi Teniente!

El centinela que custodiaba el portal de la cár-

cel de Ester se aproximó.

—¡Teniente, ese cholo viene para acá!

—¿Tiene miedo?

—Es que sería mejor que reforzara la guardia.

—Cuide su puesto.

Volviéndose a Ester, Robles dijo:

—El solo nombre de Victoriano Lorenzo les pone la carne de gallina.

—¿Victoriano? Lo conozco; es buen hombre.

—El gobierno está ofreciendo dos mil pesos a quien lo entregue vivo o muerto. Pero es inútil: parece que nadie tiene deseos de arrestarle o de siquiera prestar informes. Día a día es mayor el número de historias que de él se cuentan.

En eso, un silbido opaco cortó la conversación. Robles miró hacia el portal e hizo una seña a Ester.

—Venga conmigo.

Caminaron hacia una ventana, abierta sobre un callejón de servicio, a un lado de la casa.

—¡Mire!

Al silbido respondió el centinela que custodiaba la cerca en el fondo del patio y caminó a encontrar al compañero. Conversaron en baja voz, y a las claras se comprendía que se notificaron algo que le produjo espanto, pues, de regreso a su puesto, parecía buscar a plena luz del sol sombras y fantasmas.

—Allí los tiene usted —reinició la conversación Robles. Considérese desguarnecida.

—¿Cómo así?

—¡El espectro de Lorenzo! Este que custodia el portal conoció los rumores de que el indio ronda. Se lo comunicó al compañero y ya están los dos que al menor ruido sueltan los fusiles y echan a correr. Tienen la mente llena de fantasmagorías. No hay hogar en Aguadulce o en Pocrí don-

de todas las noches no se rece una oración a Lorenzo. Los soldados creen que tiene pacto con el diablo. Se dice que la bala no lo hiere; que se le han hecho disparos a quemarropa y nadie ha podido herirle. Los retenes pasan las noches masticando balas, porque esas son las únicas que pueden matar a los que están protegidos por el diablo. En fin, señorita Ester, cada día aumentan las inverosimilitudes que se hablan de Lorenzo. Pero algún día caerá. No será hoy ni mañana, pero caerá. Esta es una guerra de blancos, de hermanos, por opiniones políticas. Pero lo de él no es guerra ni nada. Es anarquía, desorden, atentados civiles que no tolera la sociedad. A ésto nos han llevado estas malditas guerras ... Y pensar que un hombre como Benjamín Herrera acepte la promiscuidad de esos cholos asquerosos.

—Vamos; vamos, no se acalore, Teniente.

—Estoy hastiado, créame Ester, estoy hastiado. Esta gente no quiere pelear. Tienen miedo o les importa poco. Es como si no comprendiesen la importancia histórica de esta guerra.

—Yo también entiendo poco de estas cosas.

Robles hizo una pausa. Imperceptiblemente, se había llenado de cólera. Manaba violencia su mirada.

—Me voy; tengo que reportarme al Cuartel. Ha sido un momento encantador; perdone que me haya exaltado.

—No hay de qué, Teniente, y no olvide el camino.

Ester sonreía. La expresión de su rostro era imprecisable. Tras los pasos del Teniente Robles bajaba por la calle un golpe largo de tambor. Cerca a la casa que habitaba Ester, rompió la mañana un toque de corneta. La muchacha se asomó al portal: en medio de la calle un bando anun-

ciaba que el Gobierno Legítimo de la República de Colombia recompensaba con dos mil pesos a quien entregase al Indio Victoriano Lorenzo vivo o muerto, así como indicios que procurasen su captura.

Ester abandonó el portal. Un ligero temblor la dominaba. Había un propósito firme de capturar a Victoriano; era odio. Confiaba en la sagacidad y cautela de Lorenzo, pero dos mil pesos eran tentadores. Y no pudo contener la risa al pensar en todas esas patrañas que forjaba la mente insana de los soldados. Ridiculeces del miedo. Nunca creyó que un hombre pudiera inspirar tanto pavor. Entonces Ester tuvo dudas. El Teniente Robles tenía razón: la guerra que ellos hacían era muy distinta a la que Lorenzo desarrollaba. No es que fuese un criminal, sino que la guerra en gentes como Herrera, Castro, Lucas Caballero, Salazar, etc., era una necesidad intelectual, era un compromiso de familia, mientras que para Lorenzo, y su gente era asunto de vida o muerte. Tenía razón Robles: ese pavor que infundía era el pasaporte para la horca. Liberales y conservadores le temían igualmente. Hoy habitaba el mismo campamentó, pero mañana, cuando los que fabricaron la guerra se dieran abrazos, entonces, el único enemigo de la República sería Victoriano Lorenzo.

Ester caminaba llena de pensamientos por el amplio patio de su prisión. De tiempo en tiempo se inclinaba para tomar del suelo una astilla de leña que luego rompía inconscientemente entre los dedos.

—"Estoy hastiado de todo esto, estoy hastiado, créame" —murmuraba entre dientes.

¿Entonces, a qué la guerra? Lo mismo dijo Bernal, igual cosa repetían todos. ¡Liberales...! ¡Conservadores...! Ja... ja... —fue una risa leve, fina,

amarga. De pronto, borrosa, como un atisbo de madrugada, Ester creyó ser espectador en una enorme plaza. En el centro, atado a un poste, un hombre herido agonizaba. Vio mas: otros hombres —soldados— lo tomaron violentamente arrastrándolo hasta un banco. Allí fueron los azotes: ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! Era horrible. Tuvo la certidumbre de que todo el mundo lloraba. Pero asunto raro, la cara del ajusticiado le era familiar. Esa barba corta... los ojos hundidos... la mirada buena y acogedora, eran cosas íntimas, muy suyas.

Ester tuvo un ligero estremecimiento y se le llenaron los ojos de espanto: nuevamente la visión, otra vez la misma pesadilla.

Miró en derredor. En su paseo había llegado muy cerca al guarda, el cual parecía nervioso de tenerla tan cerca.

—Mejor será que vuelva.

—¿Es una orden?

—No; es que las cosas se van a poner muy feas.

—Gracias.

De la mañana solo quedaba una brisa perdida. Las sombras dormían verticales y los perros andaban hoscos, meditabundos, pesquisando sitios para una siesta. A veces, por el piso rodaba una piedra sin motivo.

Ester caminaba entre vapores de recuerdos y pensamientos. Sabía rota su vida. "—Esta hermosa joven, digna de la paz del hogar, de ser una amante esposa, vedla ahora, padeciendo las consecuencias de una locura a la que la empujó ese testarudo Herrera—". Las palabras del General Castro le martillaban: —"Vedla ahora". ¿Pero es que el mundo veía en su rostro esa verdad tan íntima? ¿Es que por sobre todas las cosas el do-

lor vivió en su cara? Sí, era cierto; ¿a qué seguir fingiendo? ¿A qué proseguir una comedia representada para ella misma? ¿Por qué el absurdo de permanecer conscientemente en una equivocación? Sí era cierto, ¿a qué seguir fingiendo? ¿A qué proseguir una comedia que se defendió de sombras que solo habitaban en su imaginación? ¿Y reír...? No supo reír... no pudo reír. Fue la suya una sonrisa estudiada, argumento para escogidos momentos. Un presentimiento terco la sofocaba. En un principio fue la desconfianza de Bernal; ahora el dramatismo del Teniente Robles, el espanto de los soldados. Era el desbande de temores y anhelos contenidos, la liquidación de viejas formas y conceptos ante el reclamo pujante de la vida. Pero en ella, la nostalgia tomó el perfil de la juventud y la belleza que temen marchitarse. Hecha para amar y gozar hasta rendirse, vivió la estrafalaria vida de un monje peregrino.

Ester, en un arranque nervioso, soltó a reír estrepitosamente. El soldado, junto a la cerca, se volvió sorprendido. Ella, muerta en sus labios la antojadiza carcajada, gritó:

—Guardia, venga acá.

El hombre se aproximó. Entonces Ester, vencida por quién sabe cuántos pensamientos, explicó:

—No, nada. Voy a acostarme.

El sol abandonaba el cenit.

CAPITULO XXVII

Ester durmió hasta el crepúsculo. Al despertar tuvo la sensación de una gran pena. Una vergüenza inexplicable. Solamente el paso constante de los guardas le recordaba que era una prisionera.

Las siete de la noche. Llevaba ya horas bordando, menester éste que era su única distracción desde tiempo atrás. De pronto sintió el frenar violento de un corcel junto al portal.

—¡Ester...! ¡Ester...!

—¿Qué sucede, Rafael?

Se sorprendió de hablarle con tanta familiaridad.

—No, nada.

Robles contuvo el torrente de palabras que estaba a punto de soltar y prosiguió con moderación.

—Quería invitarla a dar un paseo.

—¿A estas horas, Teniente?

—Sí, y le aseguro que será una sorpresa muy agradable para usted.

—Me parece que no es muy prudente que una dama salga a estas horas, Rafael.

—Descuide, no estaremos solos. Verá cosas muy interesantes.

Robles conservaba el misterio de quien quiere sorprender galantemente.

—Bien, lo acompaño, Teniente.

—¡Guarda! —gritó Rafael. Vaya a las caballerizas y manden otro caballo para el Teniente Robles.

* * *

Trotaban por la calle hacia la plaza. Para Ester todo era nuevo a su paso, ya que desde su arribo al pueblo no abandonó la prisión. Tal como se lo advirtió Robles, la población no dormía, ni se refugiaba en las habituales tertulias domésticas. No estaban solos en la noche. Había una extraña nerviosidad. La gente en los portales hablaba y discutía en alta voz. Los pocos chiquillos que encontraron sofocaban el insomnio, sentados en los quicios de las puertas o recostados a los portales. No dormían.

Cuando llegaron a la plaza, el espectáculo fue más vivo. Por todas partes aguardaban concentraciones de soldados. Se abría paso a recuas de mulas que transportaban municiones y artillería hacia las afueras. En los aleros de las casas ardían fogatas y las mujeres del pueblo estaban llenas de trajín. Sobre la tierra sonaban, como un redoble, los cascos de los corceles. Ester iba serena y silenciosa mirando hacia todas partes. Tenía un porte real con su larga capa que alcanzaba las ancas del animal. De vez en cuando Robles la miraba esperando que ella le hiciera preguntas. Mas parecía que el paisaje no era nuevo para la muchacha o que estaba en autos de la situación.

Robles enderezó hacia las afueras. Por primera vez, Ester lo miró extrañada.

—¿Y ahora hacia dónde, mi Teniente?

—Vamos a Pocrí; está solo a kilómetro y medio.

—¿Estaba en el itinerario?

—Desde luego; de no ir, perderíamos lo mejor del paseo.

—Haberlo dicho...

A la altura del pueblo, Ester se encontró con una larga trinchera, hecha con parapetos y sacos de tierra. Los hombres transitaban junto a sus sitios de combate y por todo el llano se veían las luciérnagas lentas de los cigarrillos. La tierra estaba grávida de pasos de caballos y soldados que iban a todas partes, y del rodar de cañones. A esa hora, los hombres eran cosas, unas veces estáticas y otras vivas y nerviosas. Pronto las cabalgaduras enfilaron hacia la cercana población de Pocrí. Por el camino —un amplio trillo de carretas— circulaba el bullico de los guerreros. Del pueblo venían grupos de mujeres, ancianas y jóvenes, a pie las más, en carretas y coches las menos, arrebujadas en negros mantos, a la intemperie únicamente los ojos ávidos. Corrían también chiquillos revoltosos, libres de miedo, que saltaban felices con el espectáculo inesperado de un mundo sin sueño.

Muy pronto divisaron la torre derecha de la capilla. En esa fiesta del movimiento y la tensión nerviosa, hasta los animales se asustaban al paso de una pieza de artillería que una mula dócil arrastraba. La noche era un homenaje a la premura, a la agonía, a la incertidumbre.

—¿Herrera, eh? —dijo Ester.

—Sí; Herrera. Está a la vista.

—¿Cuándo atacará?

No sabemos; hace dos días sus tropas se mueven hacia acá a campo raso, sin precaución alguna. Herrera es un temerario.

—¿Será hoy mismo? ¿Esta noche?

—No creo. Herrera desconoce el terreno; si lo hace será mañana a plena luz del día. Sus avanza-

das han cruzado el Río Chico en dos puntos: al norte por Capellanía y acá abajo, por el paso del Playón. Pero, créame, Ester, que ésta será la primera vez que los liberales encontrarán una resistencia organizada. Nuestra línea de batalla se extiende desde el Cerro del Espavé, allá al norte, sigue el curso del río Pocrí, y luego hasta el Cerro del Vigía, en las isletas junto al mar. Se llevarán la gran sorpresa. Herrera no sabe que la llave de nuestra defensa es Pocrí. Tal vez espera que sea Aguadulce. Será su fin. Aquí tenemos lo mejor de nuestra tropa; el grueso de la artillería también. Pocrí será para los liberales otro Puente de Calidonia.

—Es horrible esta matanza entre hermanos.

—Cosas de política, Ester.

Ya trotaban los caballos por las primeras casas del pueblo. El cuadro allí era similar al de Aguadulce, solo que más animado. A las claras se veía que las posiciones entendían el rol que iban a jugar en el combate inminente. En la plaza menudeaban los corrillos de soldados y en los portales ardían lámparas. Tomaron la vía central y subieron.

—Allá, junto a aquellas palmas viven los Becerra. Son como siete hermanos y todos están peleando al lado de Herrera. Son acaudalados y su despensa nos ha servido mucho.

—¡Becerra, qué raro! Se diría que somos parientes.

—Sabe Dios si lo son. Aquí, Jacinto Torres, un comerciante inofensivo.

Robles parecía gozar en su condición de cicerone. A cada rato descubría o explicaba particularidades del pueblo a Ester.

—Esta casa por donde vamos a pasar es de Ramón Jurado, hombre de alguna fortuna a quien

tenemos deseos de apresar. En cuanto llegamos aquí ordenamos una comisión para arrestarle, pero gracias a una indiscreción del corneta —se le ocurrió sorprender al pueblo con una llamada...

—¡Teniente Robles! ¡Teniente Robles!

Robles se volvió en la cabalgadura.

—¿Qué pasa?

—Creo que esos rojos nos atacan esta noche. Ha regresado un pelotón de reconocimiento. Están en el Limón y se abren en tres alas. Es cosa de pocas horas. Voy a ordenar que toquen alerta.

—No; Herrera no atacará hasta el amanecer.

—Bien, Teniente.

Continuaron los caballos por la calle.

—Pues sí, como le decía, por la indiscreción de ese corneta escapó. Dormía en la trastienda de su establecimiento cuando el toque del clarín le puso sobre aviso. Por un camino que hay detrás se perdió. En casa solo está su esposa, una mujer muy simpática —de apellido Becerra también— con dos hijos, muy chicos todavía.

Las cabalgaduras se detuvieron frente a una casa grande, alargada como una galera, con un amplio portal. Sobre el suelo ardían numerosas fogatas con grandes latas en donde se preparaba café. El piso estaba lleno de gente tendida sobre petates o simplemente cubierta con toallas. Custodiando las fogatas, dos o tres mujeres, cuando no hombres que aguardaban café.

—Esta es la casa de un italiano —explicó Robles. Se llama Félix Stanziola. Es un buen hombre, pero con un genio de todos los demonios. La gente rodea su casa porque es extranjero y la guerra no lo afecta. Es también hombre de fortuna. Voy a presentárselo.

—¡Don Félix! —gritó desde la calle el Teniente.

Muchos que dormían volvieron hacia el intruso los rostros huraños.

—¡Don Félix!

En el marco de la puerta se clavó la ancha humanidad de don Félix Stanziola. Una cara adusta, hosca, dos mostachos larguísimos y un pecho muy dilatado, preso en una camiseta blanca.

—Ma si es mi Teniente. ¿Ma que como le va?

—Aquí, don Félix, le vengo a presentar la mujer más bella de Panamá.

—Cuánto gusto; cuánto gusto. ¿Ma por qué no se bajan?

—Robles saltó a tierra para ayudar a Ester.

—La señorita Ester Becerra y López.

—¿Becerra, dijo? ¿Becerra? Entonces usted es familia de Estelita, la esposa de Ramoncito Jurado.

Ester sonrió indecisa, y Robles intervino:

—Creo que no. La señorita hace poco llegó de Bogotá.

Llena de sorpresa, Ester volvió la vista a Robles, pero éste, sonriendo por respuesta, guiñó un ojo.

En eso se asomó un niño. En cuanto don Félix hizo el descubrimiento, exclamó:

—Pascual, hijo mío, ven acá. Dile a tu madre que nos mande café.

—¿Cómo ven ustedes la guerra por aquí, don Félix? —intervino Ester.

El italiano, con una excesiva cantidad de gestos, que iban desde atizarse los mostachos hasta rascarse la cabeza, respondió:

—Esto es horrible; yo no entiendo esto. Todos colombianos, todos de la misma tierra y matándose, matándose. Nadie duerme, la gente no trabaja, los negocios se mueren, todo, todo, yo no entiendo esto señorita, todo se va acabar, todo, todo, todo...

De momento, la casa se llenó de curiosos. Mujeres que preguntaban, llenas de miedo, si los liberales atacarían; otros que preguntaban si era cierto que Castro se había rendido; si habían llegado refuerzos de Panamá. De tal suerte preguntaban que Robles se veía impotente para responder. Don Félix halló el remedio:

—Vayan a dormir, vayan y no molesten. La guerra es la guerra. Más antes, mejor.

Después de un rato de grata conversación y de mejor café, Robles invitó a Ester a caminar hasta una lomita cercana, junto al pueblo, desde donde, según él, se podía divisar parte de las defensas. Ester aceptó y Robles pidió a don Félix que cuidara de sus caballos.

—Buena suerte, señorita, —se despidió, con dulzura, el extranjero.

Caminaron sin proferir palabra. Lentos eran sus pasos, tal que si arrastraran íntimas preocupaciones. A uno y otro lado, la gente que dormía en los portales; la que miraba con ojos perdidos, cruzados los brazos sobre las rodillas, a la marchita luz de los fogones personales; y hasta el cuadrilátero de unos campesinos lerdos que de la guerra solo guardaban un insomnio para sus escupitajos de tabaco, toda, toda esa gente giraba la vista hacia los caminantes: una pupila tonta, terriblemente cansada. Pero Ester y Robles proseguían, lejanos, calle abajo. Llegaron hasta un enorme tamarindo, casi al final de la vía. Junto al árbol había una cruz grande de madera que olvidaron unos misioneros. Ester caminó hasta la lámpara que la alumbraba y leyó una placa al óleo.

—Es increíble cómo impresionan estas cosas. Siempre hacen pensar en la muerte.

Robles habló:

—La Religión deja luces a su paso.

Volvieron la vista hacia el pueblo: un cuadro de llamas, sombras y gente agonizante: eso vio Ester.

—Continuemos.

—¿Más todavía?

—Sí; lleguemos hasta la lomita.

Desde hacía algunas horas, Ester comprendió que Robles no quería separarse de su lado. Al principio tuvo la certidumbre de que era miedo. Temía a la soledad ante la muerte. Pero se convenció de estar en un error. Lo que no quería Rafael era que ella volviese a su casa; que regresara a Aguadulce. Tal vez esperaba grandes sucesos y quería tenerla junto a sí para protegerla mejor, o... Dios solo podía saber. Pero no olvidaba su condición de prisionera, es decir, resultaba más grato estar expuesta a la peripecia del combate próximo, aniquilar los nervios con paseos y conversaciones, que la insoportable horizontalidad del lecho, los pasos chocantes del centinela, la espera mansa. Mas una cosa había clara: estaba cansada de su vida fragorosa y la tocaba también ese pesimismo que crecía en todos los cuarteles. En su interior progresaban deseos de huir, de alejarse y dar la espalda a un pasado de fusiles humeantes y cráneos triturados.

—Bien, vayamos, Teniente.

Ahora, el camino abandonaba el caserío, internándose en las sombras. Del pueblo subía a la noche un tenue resplandor y el pelo canoso de la humareda. El silencio iba espesando. Por sobre sus cabezas voló graznando una lechuza. De vez en cuando, ante ellos saltaban pájaros que dormían en el camino.

—No sé por qué recuerdo a José Asunción Silva dijo Robles.

—¿Lo conoció?

—Sí, muchísimo. Varias veces fue a la Facultad y también oí sus conferencias. Un hombre impresionante. Vivía su propia vida. Altanero. Orgulloso. Apasionado. Un temperamento inolvidable.

—Una noche... una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas, Una noche, en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas...

—Se diría que ha querido usted asustarme.

—Ester -dijo Robles volviéndose de pronto y asiéndola por los brazos— esta noche estará llena de grandes acontecimientos. Herrera va a atacarnos. No es tonto. El no esperará la luz del día porque sabe que estamos atricherados. Yo quiero decirle algo...

—¿Pero, cómo está tan seguro?

—No me interrumpa. Quizá sea corta la noche para decirle todo lo que siento. Yo la amo, Ester, la amo con todo mi corazón. La adoro desde el día en que la vi salir de misa allá en Bogotá. No importa que usted no me corresponda; yo temía morir sin que lo supiese.

Robles la atrajo con vigor hacia su pecho, presa de febril agitación. Ester no ofreció resistencia.

—Pero Rafael...

Eso es, la piel de ambos se erizó: la campana de la vieja capilla tocaba a rebato; golpes locos, tal que si la estuvieran ahorcando. Era como si en la noche enferma no hubiera sitio fúnebre y entonces, proscrita por las sombras, buscara los caminos del miedo, galopando por la sangre. Y no fue solo la vieja campana. El griterío descontrolado de un pueblo sorprendido, espantado, fue peor. Se hubiera dicho el aullido profundo, estertóreo de una fiera herida.

—Herrera nos ataca, Ester.

—¡Santo Dios!

Por un momento permanecieron indecisos, como sorprendidos en travesuras; mas en seguida, Rafael, rodeando el fino talle de Ester con su brazo, echó a correr hacia el pueblo, se detuvo un instante para besarla y continuó carrera hasta la casa de don Félix.

Aquello era el introito del Juicio Final. Los hombres se detenían a ver, mientras se hundía el grito de una mujer atropellada por un caballo en loco galope, y los gritos de chiquillos bucando a sus padres. Lo más impresionante eran esos grupos de mujeres que aparentaban estar lejanas a todo, que recorrían de arriba a abajo la calle atestada con un responso anhelante en los labios: "—Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos, llenos están los Cielos y la tierra de la inmensa majestad de Vuestra Gloria. ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! Señor Dios...". Y era un canto grave, un murmullo hondo, calle norte, calle sur, que calaba los mismos huesos.

—Ester, aguárdame aquí, con don Félix; nada te pasará.

La muchacha, confundida y presa del espanto, no atinaba a responder. Robles alcanzó su cabalgadura y se perdió camino del frente, hacia la cuenca del Río Pocrí.

En esos momentos el fragor del combate era claramente perceptible. Daba la impresión de un cerco de plomo y pólvora que rodeaba al pueblo desde el Cerro del Espavé hasta el nudo del Vigía. Se oían los gritos y los vivas de los combatientes. Una tras otra, las descargas se sucedían como un hilo de petardos que estallaran intermitentemente.

De pronto se sintió muy cerca la explosión de un cañón. Otra. La gente se volvió a mirar entre

sí, pero en seguida se supo que eran piezas del gobierno emplazadas en la Lomita a la salida de la población. No hubo respuesta inmediata. La lucha seguía pareja a lo largo de las riberas del Río Pocrí. Un nuevo grito general sacudió al pueblo: estallaban en las calles las primeras granadas. La muchedumbre se dispersó, medrosa. Las detonaciones continuaban. Parecían goteras diabólicas que estallaran. La gente no podía contener las exclamaciones de pavor. A cada nueva explosión se levantaba un aullido ensordecedor. Don Félix, vuelto un energúmeno, salió al portal con los brazos en alto:

—¿Ma que estos bandidos no van a respetar mi casa?

De lejos llegaban los vivas de los combatientes. Las procesiones y rogativas abandonaron las calles, refugiándose en los portales. Eran unos impresionantes cuadros medievales. Largas túnicas negras, enormes ojos apasionados fijos en el cielo,el mundo de rodillas.

Faltaba mucho para el clarear del día. Una bala de cañón estalló junto a una casa, y a los llantos y gritos de la gente se juntó el ruido de la teja que rodaba por el suelo. A veces un proyectil, luego de abrir un boquete en las paredes de quincha, corría por la calle, sin explotar.

Hubo un momento en que pareció silenciarse el frente de batalla. Ligero alivio en las respiraciones. Ojos anhelantes salieron a los portales mirando hacia el norte. Nada, Solo el viento llegaba cargado de pólvora. ¿Se retiraban los rojos? ¿Derrotaron a Herrera? ¿Pero, era posible? Uno más exaltado brincó a la calle para gritar: "—¡Viva el Gobierno!". Lo miraron, sorprendidos los más, sonrientes e incrédulos los menos. Fue solo reposo de vendaval. Un griterío estentóreo y espeluz-

nante recorrió el frente: Herrera volvía a atacar. El traquetear de los fusiles y el duelo de la artillería eran ensordecedores. Momento a momento la algarabía se aproximaba al pueblo. Ya caían en la calles balas de Remington. Muchos azorados corrieron hacia las afueras para saber lo que estaba sucediendo. Se sintió crecer la intensidad del combate. Pronto entró en carrera loca un pelotón de retaguardia.

—¡Herrera avanza; está encima!

Desde ese momento, nadie podría decir lo que sucedió. Llantos, oraciones, blasfemias. Mujeres caídas por el suelo; niños heridos por las patas de los caballos desbocados. Muchedumbres que se fugaban hacia los llanos, hacia cualquier sitio. Las granadas explotaban profusamente y el cielo lleno del silbido fatal de las balas anunciaba la agonía inútil de un pueblo. En medio de tanta confusión, hubo sitio para unos cascos de caballo.

—¡Ester! ¡Ester!

Robles se lanzó del caballo. Todo sudoroso, roto el capote, los cabellos revueltos, metió con violencia el hombro a la gruesa puerta de la casa de don Félix.

—¡Ester! ¡Ester! —gritó, golpeando la puerta con los puños mientras los caballos huían y regimientos enteros corrían hacia nuevas posiciones. Las piezas de artillería, tiradas por cuadros de mulas, rugían pavorosamente por todos los caminos.

—¡Ester! ¡Ester! ¡Escúchame!

Ahora era el grueso del ejército del General Castro el que se retiraba. La debacle.

Una voz fina, sorprendida, gritó desde el interior:

—¡Rafael, Rafael, ¿eres tú?

—Sí, sí Ester. Sal, sal, no demores.

La gruesa puerta se abrió:

da de febrero continuaba tercamente oscura.

—¡Alto quien vive!

—¡El partido Liberal! ¡Informes para el General Herrera!

—¡Adelante!

—¿Tan los godos patitas pa qué te quiero, eh

Llegaron al fondo de la vertiente: un amplio lecho de arena fina. Los caballos, sudorosos, pegaron la nariz al suelo olfateando agua, pero la tierra solo tenía humedad de rocío.

—Es la "madrevieja". Esta quebrada se seca en verano.

Ester solo miraba, metida en la capa hasta los ojos.

—Sigamos, que pronto será de día. Si nos divisa un rojo estamos perdidos.

Continuaron por el oscuro túnel vegetal. Zanjas, barrancos, peñas, resuellos de animales, músculos tensos. Cincuenta metros más y estuvieron a la intemperie. Iniciaban una carrera franca cuando Robles frenó: allá, a lo lejos, avanzaba un grueso pelotón de soldados y jinetes.

—¡Regresemos a la madrevieja!

Ya en el lecho de la quebrada, siguieron el cauce hacia el norte; avanzaron unos quinientos metros y desmontaron. Robles tomó a Ester de una mano, desandando gran trecho. En un grato recodo de la madrevieja —blanca arena bajo una mata— se detuvieron.

—Sentémonos, Ester. Hay que aguardar.

Pronto sintieron muy cerca las voces de los soldados. Entraban por el cañón. Las cacajadas resbalaban intactas, íntegras las blasfemias y los tonos bajos. Ester estaba muy cerca de Robles, sus grandes ojos asustados y un ligero temblor en las manos.

—¿Miedo?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Pronto nos libraremos de todo ésto, Ester.

Ella lo miraba como si no entendiese o le hablaran desde muy lejos. Y luego, cuando pareció salir de ese letargo, la sorprendió un llanto profundo, lleno de nervios.

—¿Pero Ester, qué sucede?

Lloraba desconsoladamente.

—¿Estás herida? ¿Sientes dolor? ¿Cuéntame, por favor; qué te sucede?

Robles le acarició el cabello con dulzura, mas Ester, con una violencia inexplicable, le apartó la mano.

—¡Suéltame!

Robles la miró, sorprendido. Persistía ese llanto desconsolado, al cual no hallaba explicación.

—Ester, cuéntame qué te pasa.

—¡Nada!

—Pero no ves que...

—¡Nada!

De pronto, casi que con la salida del sol, se encendió un violento tiroteo y todo indicaba que el combate se había reiniciado. Gritos y petardos apuraron la madrugada.

—¡Contra-ataque; Castro contra-ataca! ¿Pero, será posible?

—¿Qué? ¿Qué, Rafael?

—Amada mía, Castro contra-ataca. Pero eso es un crimen. Sus defensas están rotas, sus cuadros deshechos; ¿pero ese hombre está loco?

El fuego del combate arreciaba. Era claro que los liberales habían sido sorprendidos y se retiraban. Sus voces se oían más cerca. El frente se aproximaba al escondrijo de ellos.

—Habrán notado mi ausencia —dijo Robles con una profunda angustia en el rostro.

—¡Desertor! —dijo Ester, como para sí misma.

—Calla, calla, no digas sandeces.

—¡Ja...! ¡ja...! Desertor... desertor... Si Castro triunfa...

—¡Calla! Perversa, despiadada, calla o...

Robles levantó peligrosamente la mano sobre el rostro de Ester. Estaba pálido, lleno de fiebre,

con un miedo atroz en las pupilas. Un fragor inesperado se sintió muy cerca. Ambos quedaron en suspenso. Tropas frescas de Herrera avanzaban hacia el frente de batalla. Iban presurosas. La silenciosa madrevieja estuvo llena de ruidos. Soldados pasaban... pasaban; era un refuerzo considerable que Castro no había previsto.

—Loco. Insensato. Castro debió capitular —dijo Robles, alentado con el paso de los contingentes— Ester, no me dejes... Ester, yo te amo...

—Pero Teniente...

—No me llames Teniente; detesto todo, todo. Teniente... Teniente...

—Ayer le gustaba...

—Ayer y hoy son mundos muy distintos.

—Sobre todo si Castro triunfa en el combate de Aguadulce.

Había una extraña satisfacción en el rostro de Ester.

—¡Imposible!

Cambiando repentinamente, Robles prosiguió:

—Pero Ester, todo lo hice por ti, tú eres la culpable.

—¿Yo? Pero acaso no sabes que todo el tiempo he sido liberal, que ruego a Dios que no viva un solo godo, que esa palabra desertor, me duele, me hiere de un modo que no puedo explicar.

—Ester, no me dejes, por favor...

—Apártate. Eres tan cobarde como todos ellos. Solo ríen cuando comandan un pelotón de fusilamiento.

—¡Ester! ¡Ester!

—¡Desertor!

A lo lejos, el combate tomó violencias de candela en pajonal. Y como si la empujara el norte, la voz de la fusilería se fue alejando por los caminos del sur.

CAPITULO XXIX

Es una mujer cansada. Los brazos sobre la muralla, mira al mar. Su rostro es conocido. Esa manera de posar los ojos dejadamente, ese modo de dardear la lejanía, nos recuerdan tiempos pasados. ¿Pero, está cansada? Tal vez no. Quizá solo sea una fatiga pasajera. Un poco de desorden hay en su cabello, ya sin encanto del azabache. Su cuerpo, perdida la altivez primaveral de otras jornadas, sigue hablando de una euritmia embriagadora, guarda el eco de promesas vírgenes, lleno todavía de noches mansas, noches inabordadas. ¿Qué busca sobre la densa soledad marina esa nostálgica figura? ¿Qué diálogo sutil oye en la tarde? ¿Fantasmas de otros tiempos le conversan? Abajo, tranquila, está la mar, rota la frente por brechas de un sol en ocaso. La mujer tiene un ligero movimiento; toda distancias, adelanta unos pasos, y nuevamente se dobla sobre la muralla. Es como si le atrajera esa vida frustrada del Océano: ese rodar y gemir sobre las mismas dimensiones, el pálido paisaje de las playas. Algo de eso hay en ella: rastros de frustración.

Desde la cárcel cercana de Chiriquí llegan voces. Pero ella no escucha. A su lado, de vez en cuando transita un centinela o pasa un muchacho.

Por una de las calles de la ciudad que em-

pieza cerca, desemboca un hombre de pesado andar. Su contextura es fuerte, pero parece extenuado. Hay una ligera inclinación cuando afianza la pierna derecha. Camina también hacia la gruesa muralla que retiene al mar. Es un cazador de recuerdos. Husmea en el aire pasajes conocidos. Busca palabras, mira todas las cosas con dolor; pide a la tarde, con ojos cósmicos, algo como una explicación.

De pronto, descubre en su sendero a esa mujer lejana. Hay una expresión de espanto y asombro en su cara. Luego sonríe como aquél que ha materializado un recuerdo o padecido una alucinación. Mira fijamente; quiere andar más veloz, pero la pierna se resiste. Tiene los ojos prendidos en esa imagen serena y cautivadora. Muy cerca ya, se detiene, el rostro se aviva con gestos indescriptibles. Por fin logra gritar, pero su voz se queda corta:

—¡Ester! ¡Ester!

Ella, perdida por viejos caminos, tuvo la certidumbre de que la llamaban. Y sonrió ¡Cómo es de vivo y poderoso el recuerdo! Hubiera dicho que, no muy lejos de allí, una voz, un acento amigo, la llamaba. Pero solo eran sus deseos, apenas la presencia del pasado.

—¡Ester! ¡Ester!

Tuvo miedo; esa voz era muy viva. Esa voz la tocaba. Lentamente, con gesto involuntario, volvió la vista. Ese hombre allí parado, esa manera fija de mirarla, ese rostro... pero ese hombre...

—¡Ester!

—¡Antonio, Antonio Bernal!

El caminó para estrecharle la mano, pero ella le echó los brazos al cuello y escondió en su pecho un llanto que no podía contener.

Luego, cuando consiguió calmarse, habló:

—¡Antonio, Antonio, Victoriano ha muerto!

El la miró con los grises. Con voz muy queda replicó:

—¡Victoriano Lorenzo ha muerto!

—Antonio, mira, mira, allí no más, esas manchas de sangre en la tierra parecen conversar.

—Ester, hace días ando como loco; no puedo conciliarme con la idea de este crimen.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Mi vida está llena de fusilamientos! ¡Bárbaros! —exclamó Ester llena de furia.

—¡Lorenzo ha muerto! —Bernal, volviéndose hacia ella, prosiguió—: Ester, me parece verlo todavía... Cuando supo que Castro te había hecho prisionera, se adelantó al Ejército para rescatarte. Recuerdo bien que me invitó. Yo no quería acompañarle; le temía un poco. No pudo llegar hasta tí. "—Castro tiene a la niña Ester. Castro tiene a la niña Ester—", solía decirme constantemente. Después intentó penetrar a la población para traerte con él, pero Herrera no se lo permitió: estábamos en los umbrales del combate de Aguadulce y Lorenzo era General comandante de la Séptima División. Luego fue en la misma lucha: solicitó a Herrera el más serio compromiso de la batalla: apoderarse del cerro del Vigía, guardián del puerto de Aguadulce. No lo olvido: sus cargas salvajes dejaron corta a la formidable embestida del General Julio Plaza sobre Pocrí. Peleaba al descubierto; matorral por matorral; las isletas lodosas se teñían con la sangre de los bravos. Había en el tiempo un imperativo inolvidable: la marea. Era preciso tomar el cerro antes de la llena. Suya fue la idea. La montaña ardía como un mechón de cabello seco. Tras las llamas, él y sus hombres: rifles, machetes, gritos y corazón dispuestos. Fue una sorpresa para los godos:

llenos de espanto soltaban las armas y corrían ladera abajo, trastornados, hacia los vencedores, hacia las llamas. Muchos, ciegos por el humo, se lanzaban al abismo que corta al cerro abruptamente por el norte. Antes de que la marea regresase, el Vigía estaba en manos liberales.

Bernal hizo una pausa y continuó:

—Creo que en su ánimo estaba el avanzar inmediatamente sobre Aguadulce y yo diría que solo por tí. Pensaba que eras una niña que necesitaba protección. Pero Herrera había dado órdenes a Porras de mantener segura la posición. En esa misma jornada llegaron dos ordenanzas suyos; uno llevó razones a Herrera y el otro a mí.

—"Capitán Bernal —dijo— el manu pregunta que quí ay de la niña".

—Nada pude responder: era imposible saber tu paradero. Tuve noticias de la casa en que te mantuvieron presa: yo personalmente busqué con ánimo de encontrar un papel, una pista que nos dijera algo. Pero nada. Nadie sabía. El día del combate te vieron; fue la última noticia. Llegamos a pensar que tal vez habías muerto, pero esto resultaba difícil de creer. A él, Ester, le preocupaba mucho tu suerte.

—Luego fue la marcha a Chiriquí. Lorenzo, con sus batallones, quedó patrullando las provincias centrales para no dar descanso al enemigo y evitar que consolidara posiciones. Durante meses no tuve noticias suyas. Nos encontramos de nuevo en el sitio de Aguadulce. Y yo me pregunto, Ester, ahora que veo en el suelo su sangre, por qué no se le quiso. Difícilmente hubo en la Revolución soldado que prestara mejores servicios que Victoriano Lorenzo. Y, sin embargo, allí está, porque así lo quisieron los políticos.

Antonio se contuvo y por momentos pareció que

un gran cansancio lo vencería, pero notando la ansiedad que sus palabras despertaron en Ester, continuó.

—¿Qué hubiera sido de nosotros en Aguadulce sin la ayuda de Lorenzo? Todavía estaríamos, los ojos abiertos, los nervios crispados, tendidos en los llanos de Palo Solo, Pozo Azul, Pueblo Nuevo, en los rastrojos de la Albina. Lo recuerdo con increíble claridad, Ester. Nuestras avanzadas divisaron al enemigo pasado el Santa María. Noche a noche nos acercábamos con lentitud, a campo raso. En las alturas de la Loma hicimos un alto, pero esa noche continuamos arrastrándonos por el llano. Al amanecer estábamos a la vista de la población. Entonces fue fácil escrutar las formidables defensas levantadas por el enemigo. Paso a paso nos aproximamos ante sus propias barbas. Era emocionante, Ester. Miles de hombres avanzando metro a metro, y otros miles, arma en ristre, la mirada atenta aguardando la orden de fuego. Morales Berti esperaba una carga de valientes como la que nos dio el triunfo en ese mismo lugar en febrero anterior; por eso había tomado todas las precauciones de defensa y mantenimiento. Pero los propósitos de Herrera eran distintos: íbamos a sitiar a lo mejor del Ejército Conservador en el Istmo. La mañana siguiente encontró nuestras líneas a mil y a quinientas yardas de su línea de fuego. Poco a poco se iba completando el cerco. Y así, mientras batallones enteros abrían trincheras, levantaban barricadas y tendían alambradas Lorenzo —y eso nadie se lo explica— cruzaba las defensas enemigas, entraba al pueblo, derramaba latas y pilas de miel, se traía el ganado de las huertas y de las lecherías ante sus propias narices. No fue una vez. Sucedió en varias ocasiones. De noche oíamos tiroteos ce-

rrados que no eran hacia el frente y todos sabíamos que disparaban a Lorenzo. Luego regresaba, ante la admiración de todos, vaqueando sacas enteras, cargado de sal que arrebataba al enemigo. Así fue posible el sitio. Porque cuando el cerco estuvo terminado, un cerco de fuego, alambradas y zanjas, el enemigo estaba sin alimentos. Nuestros cañones, emplazados ocho en Pozo Azul y ocho en la línea de Pocrí, aguardaban la orden de empezar.

—"A las doce del día 2 de Agosto de 1902, rompimos el bombardeo. En uno de los cerros del Vigía, Vaca de Monte, se instaló el más poderoso cañón, a tres mil trescientos metros de Aguadulce. El 3 de Agosto comenzó a funcionar con precisión aterradora. Las noches, Ester, eran días. Tensas, nerviosas. Pegado el ojo a la mirilla del fusil. Atentos a cualquier ruido.

—"¿Oíste?"

—"Sí".

—¿Ves algo?".

—"No".

—"Avisa".

—"No tengas miedo".

—Estos diálogos avivaban las sombras de esos llanos de la muerte. Por todas partes había tiradores apostados, cazando los más ligeros movimientos. Allí gané esta cojera de la pierna derecha.

—Ellos estaban hambrientos. Nada tenían para comer; Lorenzo había limpiado su despensa. Cuando consumieron los últimos caballos, todos vimos cómo, una a una, caían las palmas. ¿Recuerdas aquellos palmares de Aguadulce? ¿Recuerdas que se erguían como centinelas atalayando la llanura? Nada de eso queda, Ester. El pueblo semeja un huerto abandonado. Las palmas rodaban

y seguramente a la muerte de cada vegetal seguía el festín suicida de palmito y miel. Sí, Ester, es inconcebible en estos tiempos. Al final solo tenían, para alimentarse, suela de zapatos, y miel. Luego fue la mortandad; la disentería colectiva. La gente se acostaba en los portales para no levantarse más. Los habitantes se arrojaban al suelo, a las calles, enfermos, hambrientos, cadavéricos. El 28 de Agosto, día de la capitulación, entramos para contemplar el cuadro más horripilante, las escenas más tétricas de esa guerra estúpida y miserable, que vivimos por tres años. No volví a ver a Lorenzo. A mediados de Agosto, Herrera le ancargó dirigirse a las inmediaciones de Panamá, San Carlos y Antón, para cubrir la retaguardia e impedir desembarcos del gobierno por esos sitios.

Bernal permaneció silencioso unos segundos; luego prosiguió:

—¿Y tú Ester, qué te habías hecho? ¿Qué hacías en este lugar, tan pensativa...? Ester, hay nostalgia y dolor en tu rostro...

—¿Yo...? ¿Qué iba a hacer...? ¿Qué puedo hacer...? Sí, hay tristeza y dolor en mi rostro, pero en ¿qué rostro sincero no deja el sufrimiento huellas? Vivir... Gozar... Ja... Ja... ¿Sabes qué buscaba esta tarde aquí, junto a la sangre de Lorenzo? No, no buscaba, no sé. Sencillamente que me parecía verlo llegar con las manos llenas de palomas para la niña Ester. Hay un momento crucial en toda vida, un instante supremo para decidirse. Pero la mía Antonio, no ha tenido siquiera el encanto de la alternativa; no resta el consuelo de que pudo ser mejor. Algo me empujaba, me arrastraba inconteniblemente, algo que se ha consumido en mí, no sé cuándo ni porqué. Antonio... yo soy una mujer vencida, soy un recuerdo agóni-

co de un tiempo que poblamos sin vivirlo. ¿Ya, qué aguardamos aquí frente a la tarde? ¿Acaso aún arden esperanzas en ti? ¿Queda espacio en tus pupilas para mirar a los hombres?

—Ester —dijo Bernal tímidamente—, tú buscabas algo, aguardabas a alguien.

—¡Sí, capitán Antonio Bernal, ¡sí! Aguardo el espíritu de Victoriano Lorenzo. Tenía la convicción de que en el crepúsculo, esta plaza, estas paredes mudas, se llenarían con el trueno de los fusiles asesinos; y entonces, de esas manchas de sangre que parecen conversarnos, Victoriano Lorenzo despertaría para explicarle a "su niña Ester", para decirle su opinión sobre los hombres, para hablarme de su muerte. Pero ya sé que es inútil. Antonio Bernal: estas paredes son mudas y este amplio recinto lo visitan vientos caminantes que no se pueden detener. Y con la voz de Lorenzo corren, como perros hambrientos, los gritos de sus verdugos.

Ester calló para mirar hacia el Ancón lleno de sol; luego continuó:

—Antonio, son sucesos frescos en mi memoria, me parece que fue ayer. Durante el combate de Aguadulce mi última ilusión se consumió. Me hallé sola, abandonada, sin amigos y sin esperanzas. Entonces tuve asco de todo, quise divorciarme de una vez para siempre con al pasado. Me vine a Panamá. Pero todo era infructuoso: mi existencia estaba rota. ¿Para qué vivir? Era una fugitiva, una prófuga de mí misma. Antonio, es duro vivir cuando no se ama la vida. Mis días se dilataron, los meses se hicieron eternos, hasta que, por fin, empezaron a correr rumores de paz. En seguida lleneme de optimismo. ¿Por qué no comenzar nuevamente? Pensaba en ti, Antonio, en Victoriano, en Chefa, en la vieja casa grande,

en... —Ester escondió la mirada en la mar serena. Y llegó el 21 de Noviembre de 1902. Se sabía en toda la ciudad que, desde el 19, el General Salazar y Vásquez Cobo conferenciaban con Herrera, Lucas Caballero y Eusebio A. Morales, a bordo del acorazado norteamericano "Wisconsin". Discutirían los términos del tratado que pondría fin a la guerra. Esa tarde del 21 una abigarrada multitud aguardaba en "La Marina". Cuando Salazar puso pie en tierra, lo saludó una ovación general; el entusiasmo de todo un pueblo cansado de pelear.

—Esa noche los chinos quemaron cohetes nunca antes vistos; las muchedumbres inundaron las calles, las bandas de música tocaron el himno nacional. Por todas partes se gritaba a coro: —"Cesó la horrible noche"; "Cesó la horrible noche". Era un día de júbilo desbordante. La ciudad no durmió, y, al amanecer, los petardos aún acompañaban el jolgorio popular.

—Al día siguiente hubo una manifestación patriótica que se detuvo bajo los balcones del Palacio de Gobierno. Antonio: yo, sin quererlo, me llenaba de optimismo, de confianza. Y hasta llegué a alegrarme. Luego supe que Salazar y otros oficiales habían partido hacia Aguadulce a recibir de manos de Herrera —según el tratado— el parque liberal.

—Hay una sucesión violenta de incidentes que no me explico. Cierto que aquí se hablaba mucho de Lorenzo; tal vez Victoriano era una de esas interrogantes que dejaba la guerra. La verdad es que todas las mentes conjeturaban acerca de él. De pronto, se informó que el Indio Lorenzo venía prisionero en el "Bogotá". ¡Imagina, Antonio, mi asombro! ¡Lorenzo preso! Me pregunté mil veces

el porqué. Pero era tonto: no hallaba una respuesta sensata.

—Creo que fue a principios de Diciembre. "Llega el Indio Lorenzo en el Bogotá,. Traen al Cholo preso" Piensa tú, Antonio, en aquel espectáculo chocante. Toda la población sobre la bahía, en la Marina, en la muralla, en los balcones, sobre. los techos; un día de fiesta. Yo iba a todas partes, preguntaba a todo el mundo, pero nadie me respondía. Contaban horrores, repetían falsedades, y todos gozaban en la descripción del más grande criminal de todos los tiempos. Regresé a casa angustiada por terribles presentimientos. Pero en medio de todos mis temores, yo confiaba en la razón de los hombres, en la fuerza de elementales principios de justicia, los creía hartos de sangre...

—Lorenzo no bajó a tierra; permaneció prisionero en el "Bogotá". Se decía que lo iban a ahorcar, que una cláusula secreta del Tratado pedía su vida. Yo nada podía hacer; deambulaba por esas calles de Dios preguntando, solicitando audiencias, pero nadie me oía o nadie era capaz de responder. Una tarde tropecé con un soldado, un tal Láscides López, Mayor del Ejército Revolucionario, quien, lleno de arrepentimiento, me dijo que él algo tenía que ver con el apresamiento de Victoriano.

—"Señora —me dijo, hablando como si declarara ante un Consejo de Guerra. Se notaba que de tanto relatar la historia repetía fielmente cada palabra —Me encontraba yo como segundo Jefe del Batallón 'Vencedor', encargado del mismo, al frente de la plaza de la población de San Carlos, a la cual llegaron también los Generales Plaza, Buendía y otros, entre ellos el General Victoriano Lorenzo con su división. Tenía bajo mi cuidado las

armas y parque depositados en la Iglesia del lugar, cuando recibí del General Plaza, como a las 8 ó 9 del mismo día de la capitulación, la orden de vigilar la casa donde se encontraba la comandancia de dicho jefe, en la cual dormía el General Lorenzo, con la instrucción de avisarle en la comandancia del General Buendía, cuando el General Lorenzo despertara.

—¿Pero a qué se debía esa orden? —pregunté.

Encogiendo los hombros, respondió:

—"Señora, no sé. En cumplimiento de la orden recibida, dispuse que una compañía vigilara la casa indicada. A las tres de la madrugada, hora en que despertó el General Lorenzo, fui a informar al General Plaza, quien inmediatamente vino conmigo hasta donde se encontraba aquél. Una vez allí, y después de un rato de amistosa conversación, salieron juntos en dirección del cuartel del General Lorenzo. Pero ya, antes, en privado, el General Plaza me había ordenado seguir con la compañía que había estado en la vigilancia expresada para que hiciera rodear el cuartel del General Lorenzo y para cercar todas las boca-calles cercanas, con consigna de no dejar salir al General Lorenzo, porque quedaba en calidad de prisionero. Al llegar al cuartel ellos departieron unos instantes. Luego el General Plaza se retiró. Yo cumplí las órdenes recibidas y, en la mañana de ese día, advertido por las instrucciones que se habían impartido de manera sigilosa, y con el presentimiento de que el General Lorenzo estaba en serio peligro, me dirigí a donde una conocida dama de esa localidad para manifestarle que el General Lorenzo se encontraba prisionero, y que yo deseaba que ella le hablara para ver si quería tomar alguna determinación sobre el particular. La respetable y amistosa dama, se avistó con

el General pero nada pudo conseguir: que no le preocupaba en absoluto el procedimiento usado contra su persona, ni abrigaba el menor temor por su prisión, toda vez que tenía su conciencia perfectamente tranquila y la cabal satisfacción de haber cumplido sus deberes para con la patria y el partido. El General Lorenzo jamás creyó que pudiera pasarle algo grave.

—"Perdidas las esperanzas por ese lado, hablé al comandante Mosquet, quien pertenecía a la división del General Lorenzo haciéndole la misma insinuación que había hecho a la honorable dama de quien he hablado. El comandante Mosquet se entrevistó también con el General: recibió la misma respuesta.

—"A pesar de todo lo dicho, y convencido ya de que el General estaba en difícil situación, me dirigí personalmente a él exponiéndome a que se me siguiera Consejo de Guerra, y le informé que el único que disponía de fuerzas allí era yo; que tenía a mis órdenes, por ausencia del primer jefe, un batallón integrado por ciento veinte hombres bien equipados; que estaban, además, bajo mi control todas las armas y el parque depositado en la Iglesia; que yo estaba dispuesto a salvarlo a toda costa, y que si él quería, podía armar todas las fuerzas que estaban en el pueblo para sacarlo de allí de cualquier manera. Agregué que una vez fuera de la población, él podía tomar el mando de las fuerzas y disponer lo que debía hacerse. Inútil resultó el empeño; el General se negó a todo, insistiéndome en que estaba de lo más tranquilo; que a él nada podía sucederle puesto que no había incurrido en faltas ni delitos de ninguna naturaleza: que después de ser libertado marcharía a la Negrita para arreglar sus asuntos personales y que luego iría a Nicara-

gua, donde pensaba descansar de los trabajos sufridos durante la guerra.

—"Dos días después llegó al puerto de San Carlos el vapor 'Bogotá', y el General Lorenzo fue embarcado apresuradamente".

—Yo, Antonio —prosiguió Ester—, le pregunté a López varias veces si algo motivaba el arresto. Me dijo que no sabía nada concreto; que tal vez tenía algo que ver con el hecho de que algunos hombres de la división de Lorenzo, borrachos, se rebelaron por la capitulación. Pero fue cosa de momentos, porque el mismo Lorenzo los sometió. ¿Por qué entonces? ¿Por qué? ¿Acaso Herrera, luego de utilizarlo, lo despreció? ¿O tal vez le temía? Aquí, aquí mismo, el 24 de Diciembre en la noche, corrió la noticia de que se había fugado del "Bogotá". La mañana siguiente, sin dificultad, lo encuentra un soldado en la casa del General Domingo González, en calle 14 Oeste. ¿Es eso una fuga? ¿Hay allí intento o siquiera deseo de escapar? ¿No se ve a las claras una treta burlada? ¿No trashuma todo un tragicismo barato, no te recuerda una vulgar zarzuela...? Pasaron los meses de Diciembre... Enero... Febrero... Marzo... Abril... Se habló de crímenes, de saqueos cometidos por Victoriano; no era posible precisar a órdenes de quién estaba el prisionero. Los funcionarios transferían la responsabilidad, como si no quisieran mancharse las manos con sangre inocente. Un día, el siete de Mayo, ya no tuve dudas sobre el final de Victoriano. El Juez Superior del Distrito Judicial de Panamá, don Juan P. Jaén Maltés, dejó a la Comandancia General del Ejército, el conocimiento del juicio seguido a Lorenzo. Por esos días llegó, procedente de Bogotá, un tal Pedro Sicard Briceño, de sombría catadura a instinto sanguinario, para cuya

alma negra y depravada pido condena eterna, y acto seguido se dieron los pasos para constituír el Consejo de Guerra Verbal que había de condenar a Lorenzo. Consejo de Guerra, Antonio, porque según el mercenario Sicard Briceño, una frase —"estoy preso entregado por Herrera al Gobierno"— de una carta atribuída a Victoriano, y que no apareció en el juicio, lo privaba de las garantías concedidas en la Cláusula Quinta del Tratado. El 14 de Mayo, a las dos de la tarde se instaló el Consejo de Guerra, presidido por Esteban Huertas. Desfilaron testigos, ninguno de los cuales declaró haber presenciado los hechos atribuídos a Lorenzo. Decían conocerlos por referencias. Un señor Conte dijo que no le constaba, pero que le habían informado que tropas de Lorenzo habían asesinado a Trinidad Lombardo. Dionisio Quintero, otro declarante, oyó decir que, en Enero de 1901, el Señor Victoriano Lorenzo mandó fusilar al General Julio Rincón, por haberle encontrado unos papeles del Gobierno.

—"En fin, Antonio, una patraña vil, porque los testigos solicitados por Victoriano no pudieron comparecer. Así, esa noche, el Consejo lo encontró culpable de los crímenes del 'Pateón de Santa Fe, de Río del Caño', 'Chigoré', 'San Agatón, 'La Pintada' y 'La Vaquilla', condenándolo a la pena de muerte, y absolviéndolo de la acusación de robo. Al amanecer del día siguiente se le notificó el veredicto y se escogió la tarde para fusilarlo.

—El cuadro está en mi memoria con todos sus detalles: cerca a la rampla, de espaldas a esta muralla donde ahora conversamos, Antonio, estaba el patíbulo; una silla sobre el suelo provista de cuerdas para atarlo, detrás, una especie de foso, hecho con cajones llenos de tierra y soportes

pintados de negro. Sujeto en la parte posterior se veía un cartel, amarillo, con letras negras:

VICTORIANO LORENZO
Ajusticiado por varios asesinatos.
Panamá, Mayo 15, 1903.

—Era Antonio amigo mío, una fiesta de esas de que habla la historia bárbara, llena de sangre. La plaza, atestada de una multitud impaciente y consternada. El silencio era profundo y se oían las voces de la mar, esta misma mar indiferente que ahora vemos. Sonaron las cinco de la tarde. Tal vez la brisa era muy fría, pero densas nubes pardas fueron estrechando el cielo. Así, en el marco del crepúsculo, allá en el vientre del Cuartel, se escuchó un tambor a la sordina. El silencio iba cuadrando temores.

—Apareció, como una compañía de pájaros agoreros, la escolta. ¡Doce hombres que llenaban la plaza de pasos... pasos... pasos...! En el centro, un hombre bajo, menudo, de abundante pelo fuerte que se asomaba tras el sombrero, en un angosto saco nerviosamente abotonado. Caminaba seguro, la mirada perdida, estrujando un crucifijo sobre el pecho. El golpe de las olas era el mismo que escuchábamos, inalterable, erizante. ¡La tarde era gris! Para el tamaño de su coraje la plaza fue muy angosta. Le acompañaban, el Padre Bernardino, Superior de los Agustinos, y el Padre Fouyard, Rector del Seminario. La escolta se abrió en dos alas, y Victoriano avanzó, resuelto, hacia la muerte. Luego de oír la palabra de uno de los sacerdotes, apartó el sombrero, para tomar asiento. Alguien leyó:

—"Victoriano Lorenzo, natural de Penonomé, y vecino de Panamá, va a ser fusilado por varios

crímenes. Si alguno levantase la voz pidiendo gracia o de alguna otra manera tratare de impedir la ejecución, será castigado con arreglo a las leyes".

—Entonces, Antonio, en medio de un silencio escalofriante, que provocaba el grito rebelde, Victoriano se irguió y dijo algo que no pude oír completamente:

—"Señores: oíd una palabra pública: ya sabéis de quién es la palabra. Victoriano Lorenzo muere... a todos los perdono... yo muero como murió Jesucristo...".

—Fue atado a la silla, y cubiertos sus ojos con un paño negro. Los soldados de la escolta se cuadraron, a cinco pasos de distancia. Se oía el silencio, cuando unas campanas comenzaron a doblar. La brisa helada se alejaba temerosa.

—Un pañuelo blanco hizo la señal. Una descarga, y tras el humo un hombre herido de muerte inclinó la cabeza sobre el pecho. Hubo un movimiento de flanco; otra descarga; el herido volvió lentamente la cabeza; otra detonación y Victoriano intentó levantarse, abrió los brazos y murió .

—¿Luego, qué sucedió, Ester?

—Es terrible. La gente se fue dispersando en silencio. Muchos reclamaron el cadáver para darle sepultura pero fue negado. Al anochecer arroparon su cuerpo, tinto en sangre, sobre una carreta con paja, y, así, como carne mala de matadero, lo echaron al panteón. ¡Lo mataron... ja... ja... Cobardes! Benjamín Herrera, traidor miserable. Le temieron al pobre con razón. Les asustó la fe liberal de Victoriano. Temieron al liberalismo del Cholo que no sabía de transacciones ni de artimañas políticas. ¡Miserables!

Ester concluyó su relato vencida por un can-

sancio tremendo. Sus ojos estaban opacos; la brisa había dejado sobre la frente blanca un mechón de cabello. Su rostro, teñido por la palidez de una fatiga agobiante, guardaba los rastros de una renunciación definitiva. Se tornó, lentamente, para esconder la mirada en las aguas llenas de sangre.

—Ester, ya el sol se oculta. Volvamos a casa.

—¿A dónde?

—¡A casa!

—Ja... ja... capitán Antonio Bernal...

Antonio no permitió que siguiera hablando. Le asió el talle con dulzura y la obligó a caminar. Habían adelantado unos pasos, cuando en su camino se cruzó un borracho. Vestía un viejo uniforme, descolorido y roto. Llevaba un sombrero de fieltro en la mano y su cabello estaba irremediablemente enredado sobre la frente. Se detuvo ante los caminantes, levantó el rostro, inciertamente, y miró. Hubo un parpadeo ligero en su mirada, se limpió los ojos alcohólicos con el dorso de la mano, y volvió a clavar la vista. Era como si contemplase recuerdos.

—¿Tú...?

—¡Teniente Rafael Robles!

Bernal, sorprendido, no atinaba a comprender.

—¿Has venido como vine yo, eh? —dijo. Sabía que alguna tarde tendrías que llegar. Esas manchas de sangre tienen una fuerza que no acepta explicación. ¡Ah, te esperaba Ester Becerra y López, te esperaba. Quisiera verte mejor, pero no; así es suficiente. Estás cansada, envejecida, ya no eres la perversa de mi juventud...!

—¡Desertor!

—Sí, desertor; sí, pero tú, él, todos nosotros somos desertores. Nuestro mundo terminó, y era preciso acabar con él. Mira y entenderás que

aquí no hay sitio para nosotros. Nos faltó coraje para morir a tiempo. ¡Desertor! No preguntas qué ha sido de mí desde aquella noche en El Espino. Poco importa: soy un borracho. Voy por la vida dando tumbos y no pienso detenerme; sería vano. Me alegra la muerte de Lorenzo; le acompaña la dicha de no ser un fugitivo como tú y yo, Ester Becerra y López... Ya el sol se desvanece. Voy a dormir mi borrachera de todos los días. Aquí, sobre este suelo, voy a reirme de esa caravana de recuerdos que me vigila.

Ester quedó un instante pensativa. Apartó el brazo de Bernal, distanciándose unos pasos; luego se volvió hacia ellos.

En el suelo, somnoliento, Robles; de pie, confundido, Antonio Bernal.

—¡Desertores!— gritó, dándoles la espalda.

—¿Ester... Ester, dónde vas?

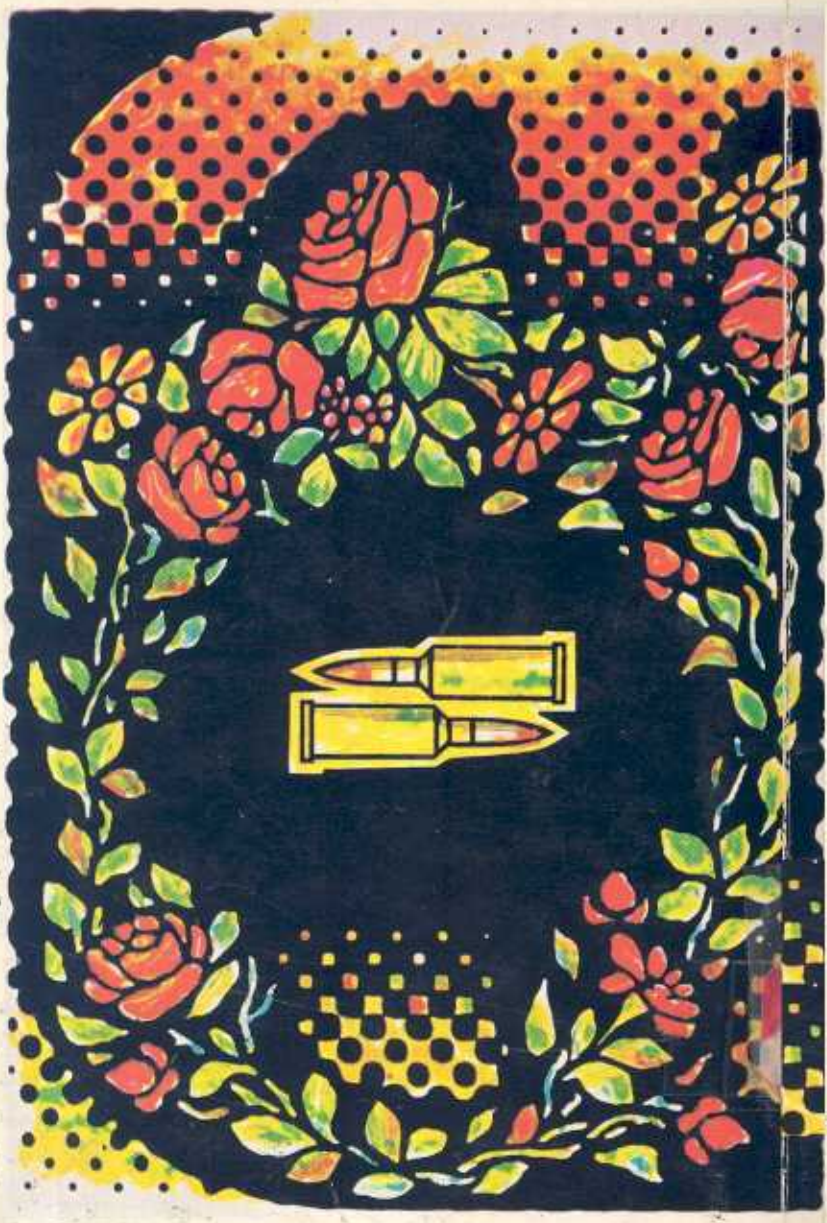
—No me sigas.

—¿Pero, a dónde vas?

—¿Acaso lo sé? ¿Lo sabes tú? ¡Escucha: no tengo miedo a las luces del Farallón!

Bernal vio su cuerpo mojarse de sombra. Iba esbelta. No había fatiga ni cansancio en su paso. Tuvo la sensación de que reía. No muy lejos una corneta sonaba. Se oyó un ruido de fusiles. Después nada. Silencio.

En la noche, Bernal estaba solo.

—FIN—

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Diciembre de 1981
en los talleres de Italgraf, S.A.
Carrera 40 No. 16-24,
Bogotá, D.E. - Colombia.